



REVISTA QUINCENAL

DE POLITICA, LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

DIRECTOR: DON MANUEL REINA

REDACTOR-COPROPIETARIO: D. J. M.^a ALCALDE

SUMARIO

REVISTA GENERAL	EMILIO S. PASTOR.
UN LIBRO MÁS SOBRE TOLEDO.	J. ORTEGA MUNI- LLA.
AL HOMBRE (<i>soneto</i>).	EMILIO FERRARI.
LA HERMANA PEQUEÑA.	EUSEBIO BLASCO.
UN RETRATO.	FRANCISCO FLO- RES GARCÍA.
POMPEYA.	F. MOJA BOLIVAR.
LA TRENZA NEGRA (<i>De Erckmann-Cha- trian</i>).	CECILIO NAVARRO
BALADA DINAMARQUESA.	MANUEL REINA.
LAS FLORES.	E. DE 'LA CERDA.
AMOR HOMICIDA (<i>Leyenda</i>).	J. M. ^a ALCALDE.
LIBROS.	A.
ALBUM DE PENSAMIENTOS.	VARIOS AUTORES.

Administración: Plaza de la Independencia, 10, 3.º derecha

REVISTA GENERAL

INTERIOR.—La visita de los reyes de Portugal y la recepción de que han sido objeto ha servido para depositar en todos los corazones un torrente de amistad que debe existir entre los pueblos de la Península, y que los acontecimientos ó las torpes gestiones de los gobiernos suelen interrumpir alguna vez. Las relaciones de España y Portugal han seguido trámites muy singulares, que prueban cuánto puede la prevención, y cuáles son los efectos que á la larga causan las preocupaciones más ridículas y las rivalidades más infundadas.

Después de su separación de España, Portugal conquistó días de gloria que le hicieron enorgullecer con justicia, aumentando con su prosperidad y brillo el odio á Castilla, así como en ésta se encontraba el desprecio hacia los lusitanos, fundándose exclusivamente en la pequeñez de su territorio. El trascurso de los siglos agrandó, en vez de disminuir, la rivalidad de ambos pueblos, llegando á un grado de desconocimiento respectivo, que todavía forman las barreras morales que entre España y Portugal existen, cuando la naturaleza no ha querido establecer ante los pueblos de la Península ninguna frontera natural. Ultimamente, por efecto de las circunstancias políticas de España, por efecto de la reacción que mantuvo el partido moderado durante muchos años, los partidos liberales, contemplando el esplendor con que el régimen constitucional se desarrollaba en el vecino reino, volvieron los ojos hacia las instituciones lusitanas y proclamaron la unidad Ibérica, como único medio y recurso posible para conseguir en España el imperio de la libertad é instituciones del progreso moderno. Esta idea, que era muy simpática para la opinión, y especialmente para la opinión liberal, se desarrolló con poca discreción; se proclamó la unión como una necesidad de España, sin contar para nada con la voluntad de Portugal; se habló por fin de la fuerza; se hizo vano alarde de nuestra superioridad por el número de habitantes y extensión de territorio, y se logró, por fin, alarmar á nuestros hermanos, que vieron un peligro para su independencia en el excesivo cariño que la manifestaban los partidos liberales españoles.

Tal efecto causaron estos propósitos, que en 1869, cuando los revolucionarios buscaban un príncipe á quien sentar en el trono de Isabel la Católica, y sonó el nombre de D. Fernando de Portugal, éste se apresuró á renunciar la corona de España, en la hipótesis de que le fuera ofrecida. Este acto, que pudo calificarse de ligero, porque las Cortes Españolas no habían aún decidido nada; tenía su justificación en el estado de la opinión pública en Portugal, opinión noblemente sobrecitada por un sentimiento de independencia que en todos los pueblos es respetable.

De tal suerte se agitó este sentimiento en el vecino reino, que todavía hoy la mayor ofensa que se puede hacer á un hombre político es calificarlo de Iberista; la cordialidad de relaciones con España llegó á parecer sospechosa, y la amistad manifiesta de una agrupación política hacia los españoles, fué considerada poco menos que como un crimen.

La prensa empezó á utilizar como arma de oposición este sentimiento, y desde diez años á esta parte no ha habido un ministro que haya sido acusado por sus adversarios de Iberista, en la seguridad de que con esto se le acarrea en la opinión mayor desprestigio que con toda otra clase de ataques. Por fortuna, la reacción ha comenzado en este punto; la visita hecha por el rey de España en el año anterior, y la realizada por los reyes de Portugal últimamente; el aumento de los medios de comunicación, y el mayor número de relaciones entre españoles y portugueses, han determinado una corriente de simpatía, que la actitud de Inglaterra, altamente desdeñosa con Portugal, ha venido á hacer más intensa últimamente.

Verdad es que se han modificado al propio tiempo los sentimientos de ambos pueblos. En Portugal se nos ha empezado á conocer, y en España se han perdido los belicosos ardores de los que antes soñaban con la conquista, con la unión por la fuerza, y con otra porción de ideas igualmente descabelladas. Al odio sustituye la simpatía, á las suspicacias la confianza, á la sospecha el afecto, la cordialidad más franca. En España empieza á admirarse el noble sentimiento de independencia que abraza el pueblo portugués; en Portugal se empieza á considerar como un hermano de quien nada hay que temer al pueblo español. A los gobiernos toca aprovechar estas corrientes, y utilizar esta simpatía con provecho para los intereses de la Península en general, y para ambos pueblos en particular. El Tajo, ese río cantado por los poetas, no divide á Portugal de España, sino que corre desde un pueblo á otro llevando en sus aguas los recuerdos de una historia que nos es común con sus glorias, con sus desastres, con sus luchas y con sus grandezas. Las relaciones de Portugal y España deben estrecharse por medio de tratados que signifiquen la unión en todo lo que no afecte á la independencia de ambos, y algo de esto se ha intentado en la última visita regia. Reunidos el Sr. Fontes y Sr. Serpa Pimentel, presidente del Consejo, y ministro de Estado respectivamente del vecino reino, con los Sres. Sagasta, marqués de la Vega de Armijo, y Cuesta, en el ministerio de Hacienda, se echaron las bases para la realización de un tratado de comercio, que será el principio de una especie de unión aduanera; á semejanza de la que se ha verificado en otros países. En esta reunión se manifestaron ostensiblemente las simpatías recíprocas de ambos pueblos, y todos se mostraron dispuestos á las mayores transacciones, para llegar á un feliz acuerdo. Las negociaciones continuarán sobre las bases acordadas, y el Gobier-

no que preside el Sr. Sagasta habrá tenido la gloria de comenzar la obra más patriótica que haya podido iniciarse en nuestra política interior.

* *

La discusión de los presupuestos ha determinado, como siempre, un período de calma en nuestra política interior. Los estudios económicos no se miran hoy con la indiferencia que antes; va desarrollándose cierta afición á esas cuestiones cuyo interés no hay para qué señalar, y no se verifican ya las discusiones de presupuestos con la desanimación que antes las caracterizaba. El presupuesto actual ha sido combatido con rudeza por los conservadores, que han aprovechado la ocasión para atacar nuevamente la obra del Sr. Camacho, á la cual se ciñe casi en su totalidad la del actual ministro de Hacienda. El señor Cuesta se ha resistido á todo aumento de gastos con energía en el presupuesto ordinario; ha manifestado diversas veces su decisión de no alterar las cifras relativas á los gastos; pero su decisión no ha podido impedir que en los departamentos ministeriales, y para servicios indispensables, se presupuesten cantidades, que aunque no aumentan la totalidad del gasto, se obtienen rebajando otros servicios que quizá no se deban abandonar.

El presupuesto de Guerra que ya en la comisión general de presupuestos dió lugar á muchos incidentes, será combatido, según se anuncia por los gastos que se establecen, y que á juicio de algunos diputados, tienen por origen reales órdenes y no disposiciones legislativas. Tras de esto, como en todos los asuntos parlamentarios, se oculta la cuestión política, y al combatir el presupuesto de la Guerra, se quiere ante todo hostilizar al general Martínez Campos.

Creemos, sin embargo, que estos anuncios no se realizarán, y que con mejor acuerdo comprenderán los que tales fines se proponen; que ni en lo político ni en lo económico tienen razón para emprender la campaña que tan ruidosamente se ha anunciado.

* *

La izquierda dinástica está experimentando un movimiento de reunión en favor de la Constitución vigente, que forzosamente habia de sobrevenir, á pesar de los propósitos de algunos de sus jefes. Algunos diputados de esta agrupación han declarado ya en sus respectivas provincias, que no creían incompatible la Constitución de 1876 con el desarrollo de todas las libertades públicas, que por medio de leyes orgánicas puede verificarse en la medida demandada por los más avanzados partidarios de los principios democráticos.

Estas declaraciones, que hace cuatro meses habrían producido verdadero escándalo en el partido, y habrían acarreado una excomunión mayor al que las profiriese, no han causado la menor alarma ni aun en los que miraron la Constitución de 1869 como bandera de la izquierda. Por lo menos esto prueba que el entusiasmo primitivo ha decaído por completo, y que la izquierda está próxima á transigir con la Constitución vigente.

Ahora bien; esta transacción constituye una abdicación completa del programa del partido, y los partidos que llegan á este punto han desaparecido por completo de la vida política y van á fundirse con un fin.

Este será, por lo tanto, el resultado de los movimientos que agitan á la nueva agrupación, aunque hay en su seno elementos de resistencia á semejante división, aunque no falta quien á toda costa se opondrá á una avenencia entre la izquierda y la situación; este hecho se realizará forzosamente porque lo impondrá la lógica.

El que trate de resistirlo, dentro de la izquierda quedará aislado, y no podrá contener la poderosa razón de los hechos, ni las corrientes de la opinión en este punto bastante intensas.

No puede vivir la disidencia de un partido con el mismo programa de este y los mismos principios, porque entonces no puede atribuirse la divergencia más que á causas puramente personales, y la opinión pública condena con su indiferencia ó su hostilidad á los grupos que en tales razones se fundan.

La izquierda ha de volver al seno del partido de donde se desprendió, ó se aniquilará por completo.

Esta es su suerte, y se hacen muchas ilusiones los que otra cosa juzguen, y los que opinen que puede continuar por mucho tiempo formando un grupo distinto de la democracia y del liberalismo dinástico.

* *

Uno de los proyectos que el Gobierno tiene interés en que lleguen á ser ley en la presente legislatura, es el del jurado. En el Senado se han admitido dos enmiendas, sobre las que seguramente versarán todos los debates en el Congreso. Es la primera la que arranca á los jueces de hecho el conocimiento de los delitos de lesa majestad. La segunda es una adición, en virtud de la cual, dando cuenta á las Cortes, podrá el Gobierno suspender el jurado en una Audiencia determinada. Estas enmiendas constituyen una transacción hecha por el Gobierno con la minoría conservadora en el Senado, y serán combatidas con alguna energía en el Congreso, suponiéndose que el Sr. Martos se propone reñir en este punto una verdadera batalla. Al elegirse la comisión que ha de dar dictamen en la Cámara popular, los amigos del Sr. Martos pidieron algunas explicaciones á los candidatos ministeriales sobre estos dos puntos, notándose que insistieron más respecto de la enmienda adicional, que la referente á los delitos de lesa majestad. Quizá marque esto el origen del arreglo y nueva transacción que ha-

brá de verificarse en el Congreso. Quizá los demócratas acaben por aceptar el artículo que quita á los jurados el conocimiento de los delitos referentes á la persona del monarca, y rechacen enérgicamente el artículo adicional. Afirman sobre este último extremo que el jurado nace con la herida que ha de producirle la muerte; que una institución de su importancia, no puede plantearse de una manera interina, y que no puede quedar sometida á la voluntad del Gobierno una forma de administrar justicia. Estos argumentos, que parecen tener gran fuerza, la pierden en gran cantidad, examinando desapasionadamente los términos en que se halla redactada la enmienda en cuestión. El jurado no puede suspenderse más que en una Audiencia, y el territorio de las nuevas es muy pequeño, como todo el mundo sabe; además, hay, si están abiertas las Cortes, que solicitar su autorización; y si no lo estuviesen, darles cuenta de la medida en cuanto se reúnan. Viene á resultar, por lo tanto, que sólo por medida legislativa podrá realizarse esta suspensión; y como eso pueden hacerlo todos los Gobiernos con todas las leyes, desde el Código fundamental á abajo, porque las Cortes pueden reformarlo y suspenderlo todo, resulta de aquí, que la enmienda en cuestión no tiene la eficacia que se le supone, y si algo extraordinario encierra, es la consignación de un derecho: el de iniciativa para la reforma de las leyes, que por parte del Gobierno subsiste, aun sin esa declaración, y que podrá utilizarse siempre, aunque la enmienda fuese desechada.

EMILIO S. PASTOR

UN LIBRO MAS SOBRE TOLEDO

Probablemente no se acabará nunca. Después de pasar en Toledo muchos días, después de haber entretenido las ociosidades monacales de aquel pueblo dormido ó muerto revolviendo libros viejos, comencé á echar sobre el papel mis impresiones.

De entre aquel fárrago de cuartillas tomo unas cuantas y te las mando, amigo Reina, por si te sirven para tu periódico.

* *

Proyecto-laborioso y aventurado es el que nos impulsa á la presente obra: sumas las dificultades que se nos ofrecen en el camino; pero vemos su término, y á él vamos, pidiéndole al público su venia y su apoyo, sin la esperanza de los cuales aquí detendríamos nuestra pluma, no osando pasar adelante. Poseídos de fervida admiración por las maravillas que las artes congregaron en Toledo, parecemos ver á esta ciudad brillar en la historia con espléndido fulgor. Alguien ha dicho que Toledo era una historia escrita en piedra, encuadrada en su sonriente y lujosa vega, y en que hacia de cinta de señal la cinta de plata del Tajo. Cierta que en ella todas las épocas marcaron su paso, y los más antiguos dominadores de España dejaron su huella. Sus siete colinas fueron trono donde distintos pueblos, dinastías y religiones ostentaron su poder: tela donde ligaron, cadalso en que murieron; museo donde resumieron los prodigios de las civilizaciones. Una como competencia de grandezas fué el origen de tanta gloria; una como liza de las artes congregó en aquel palenque los más opuestos ideales estéticos para que se disputaran la palma de oro de la eternidad. La muchedumbre de maravillas confunde y detiene: la admiración llena todo el ánimo, y es malá compañera de la frialdad, precisa para poner método en lo infinito. Así como en dilatado bosque, de no bien definidos límites, el viajero se extravía fácilmente, pues sus múltiples sendas le confunden, y sus infinitas trochas hacen del tránsito un laberinto; así Toledo para el historiador y el artista es como dilatado territorio á que las nieblas de la tradición prestan sombra, y en donde de mil diversas partes llaman al ánimo los recuerdos y los monumentos. Entráis en la ciudad, y el espíritu del siglo huye de vosotros. La cuesta empinada del Miradero, las puertas flanqueadas de cubos y armadas de férreo peine; el puente gigante, por entre cuyos brazos el Tajo huye; el aspecto de la altiva ciudad, defendiéndose y retirándose por escalones; el recortado perfil anguloso y erizado de líneas rectas que ofrece el conjunto de edificios, son ya una iniciación en la vida de añejas eras. La soledad de las calles, la desanimación de Zocodover, el aspecto de sus tiendas pobre y modesto, el traje de los campesinos, el subúrbio de tonos oscuros y pliegues propendientes á lo talar, la abundancia de hábitos clericales os llevan al recuerdo de otros siglos. Os internáis por aquella lacería de calles tortuosas, angostas é irregulares; descubríis los aleros de los tejados que se encuentran casi separados, no más, por una línea azul de cielo; os detenéis ante alguna reja herrumbrosa de voleado antepecho, cuya labor prolija de platearesco estilo, se destaca en medio de la blanqueada pared; os para en vuestra marcha imaginado siseo caído desde la altiva celosía de

un convento; escucháis el ruido de vuestros propios pasos, repercutido por los ángulos de aquella tortuosa mampostería; un pórtico del renacimiento se coloca ante vuestros ojos, y con sus columnillas, su arco y las hojas de sus puertas labradas y llenas de clavos, con su aldabón de grifo, con su portal empedrado, húmedo y misterioso os invita á atravesar el dintel que os separa del siglo XVI. Vuestra imaginación calentada por aquella serie de contrastes, deja en un rincón sus ideas del año 83, el espíritu crítico de la época, las imágenes monótonas de la vida ordinaria; y ya sois de Toledo, y Toledo es vuestro. El secreto está penetrado, el hielo roto, salvado el recinto. Ya sentís ese estado de ánimo contemplativo y soñador, preciso para no ser nota extraña y discordante en aquella sinfonía del arte, rica de motivos apasionados y vehementes, llena de emociones alegres y tristes, desbordante de sabia poética, donde caben todos los acentos menos el de la indiferencia, todas las combinaciones armónicas menos la de la frialdad.

Y cuando ya os encontráis en ese estado, podéis avanzar sin cuidado de que al alejaros de la ciudad de Wamba, hayáis dejado de llevaros para siempre calcado en vuestra memoria el aspecto de sus casas, el secreto de sus torres y la silueta de sus iglesias.

Si cabe el orden en la enumeración de los monumentos, no cabe en la expresión de las emociones; si se puede hacer un catálogo detallado de todas las obras de piedra y mármol que los alarifes, árabes, godos, mudejares y cristianos levantaron, no se puede encerrar en las líneas de este frío inventario lo que hay de principalmente característico é importante para el que pinte á Toledo, que es algo más sutil é incomprensible que su atmósfera: el trasunto de lo pasado, hecho de leyenda é historia, de falsedades y de certezas, de absurdos de mentes perturbadas y de luminosas inspiraciones de artistas, de memorias cruentas de riñas y degollaciones, y de purísimos y tranquilos conciertos del genio y las virtudes humanas; de grandes hechos y de bajas acciones; de cosas que espantan y cosas que hacen sonreír: sobre cuyo indescifrable conjunto flota la idea madre de aquel pueblo, la idea de religión, dominando y engendrando todas las otras, como en lo material la torre de la catedral domina las moles de casas, templos y palacios. Esto es lo que nadie puede expresar, ni aun reuniendo, por conjuro divino, todos los medios de extereorización de las artes todas en la mano de un hombre, ni aun teniendo una sola mano los tres cetros que Dios repartió al Dante, Miguel Angel y Palestrina. Esta es la dificultad principal de nuestra obra, y la vanidosa presunción de nuestro intento, porque anhelamos hacer del presente libro algo que sea una guía del curioso en Toledo, una crítica de sus artes, y un resumen de lo que allí se ve con los ojos y con el alma, única manera de que en nuestras páginas no haya un desencanto para el lector, y que después de ver su título, Toledo, no encuentre debajo sino el cadáver de la ciudad imperial, cuando lo que busca es á la ciudad viva, lleno su Zocodover de mercaderes y soldados, henchida la ilustre iglesia de los esplendores del culto, agitado y bullísimo el vecindario, cuya abigarrada y pintoresca confusión de trajes, procedencias é ideales le hace mosaico de la historia y la geografía. No queremos hacer una reproducción fotográfica de la momia, sino una resurrección de ella; la puntualidad y la exactitud en datos, la abundancia prolija de detalles, la precisa clasificación artística serán como el armazón óseo de este imaginario organismo, y sobre él procuraremos hacer vivir á los que le crearon, aparentando en sus pórticos, en sus ventanas, en sus cuadras, en sus salones, en sus naves y en sus plazas al pueblo generador, de la que unos llaman Roma, y otros Atenas española, á la manera como el cincel gótico llena de las menudas figuras de una humanidad de piedra, la prolija labor de sus grecas y de sus archivoltos.

Unas cuantas notas combinadas por el genio de Beethoven, producen esa sinfonía en *la*, que es el prodigio mayor del arte humano, abismo de ideas jamás expresadas que agitan las raíces del ser moral, alegran los oídos, estremecen de placer los labios, llenan de dulce emoción el pecho.... Yo no puedo expresarlo bien, aunque en vehemencia lo siento; pero no hay para mí gran semejanza estética entre esa combinación de notas y el arte gótico. La archivolta embutida de floraciones que sobresalen del muro, se sumen en él; quieren como huir de la línea recta, y al cabo, tras el alegre brinco de una curva osada, se someten de nuevo, representa en mi espíritu el arpeggio de la sinfonía en *la* que huye del compás, le interrumpe, quiebra la vena

del ritmo por donde se dilata la melodía, dejando escapar de la fractura chorro de notas perlas que se fugan del tono y de la medida y torna á encajarse en ella, domeñada y reducida á obediencia. Una idea apuntada en un pequeño arco, repetida en la archivolta, vuelta á repetir en la enjuta, adornada en el capitel, explicada en el entrepaño; este es el arte gótico. El arco menudo y enano, envía la idea al arco esbelto; este al arco gigante. Y como en el estanque la onda va copiando á la onda, y ampliando sus curvas, así la idea balbuceada en el adorno, dicha en el arquito, entonado en el arco, es cantada por todo el templo, enviada á través de las generaciones en la piedra, como símbolo y efecto de un arte que cree en un solo Dios. La unidad que se impone á la variedad; la variedad que enriquece y alimenta á la unidad. ¿No es esta la clave del templo gótico? . . .

En medio de aquella continua batalla, de aquella lluvia de cintarazos y botes de lanza, de aquellos bosques de ferradas picas, de aquella humanidad agitada por negros odios, que combate en las almenas bajo el sol brillante de Castilla, y en la oscuridad de la mina y en la honda cava, aparece el misticismo, arco iris que apoya un pie en el sangriento campo de batalla, y hunde su dilatada y noble nube en el cielo. En medio de aquella oscuridad de la densa atmósfera en que parece haberse borrado de la conciencia humana la idea de las artes, surge de improviso la catedral gótica, colada, esbelta, aérea, gigante; venciendo las dificultades de la pesadumbre, osando las altiveces mayores, encadenando á la gravedad, y haciendo de ella forzudo esclavo de carga, sobre cuyo lomo han de levantarse aquellas moles labradas: pidiendo á la naturaleza el tributo de sus siempre jóvenes y lozanos modelos, para que trajera al nuevo arte la forma de sus árboles apropiados para formar el haz de columnas, unidas por sus ramas para engendrar la ojiva, el tejido de su hojarasca por donde el sol, cerniéndose, inspirase al artista la idea del rosetón calado, con su mosaico de luces. Ciencia dominadora de las fuerzas estáticas, arte que sale del cielo pródigo de la naturaleza con sus esplendorosas galas; he aquí el seno de esa clave del arte gótico de que os hablaba antes.

EL TRASPARENTE

Los hadas del arte han permitido que en esta parte del templo, que se llama respaldo donde la arquitectura gótica ha dado tan bellas muestras de gracia, inspiración y ligereza, el genio calenturiento de Churriguera, y del más aventajado de sus discípulos, dejasen huella de su tormentoso paso por las artes patrias. El trasparente es sin disputa el más acabado y exuberante modelo de la arquitectura churrigueresca. Ni la portada del Hospicio de Madrid ni la de San Telmo de Sevilla, ni el tabernáculo de la cartuja del Paular pueden competir en disparatada abundancia en detalles, ni en profusa riqueza de absurdos con el trasparente de la catedral de Toledo. El bueno de Ponz, indignado con aquel espectáculo de crímenes artísticos, y siguiendo los juicios de Llaguno, Cea Bermúdez y Jovellanos, pide nada menos en su *Viaje* que la demolición de aquel afrentoso catafalco. Contemplémosle.

Lo primero que ha necesitado su autor ha sido luz con que brillase los mármoles de que había de encarnar su pensamiento. Un enorme agujero practicado en la bóveda le ha servido para este invento. La luz que el autor del trasparente necesitaba se precipita en torrentes, y quita á aquella parte del templo todo el carácter de la arquitectura gótica, que estriba en las misteriosas oscuridades, en el melancólico crepúsculo de naves inmensas que las pintadas vidrieras protegen contra el sol enredando sus rayos entre sus plomos y sus colores. He aquí el principal delito de este criminal arquitecto. Perdonarle hemos sus abigarradas combinaciones de mármoles, el lujo charro de sus bronces y su oro: lo imperdonable es la osadía de atreverse con la maravilla del arte gótico español.

Narciso de Tomé es el arquitecto que hizo el trasparente, y para que se forme idea del desvarío del gusto público en aquella edad, baste decir que cuando se terminó esta obra en 1732, se celebraron brillantes fiestas religiosas y corridas de toros en honor del artífice, que era maestro mayor de la Santa Iglesia Toledana; que el arzobispo D. Diego de Astorga no tuvo reparo en gastar en ella doscientos mil ducados, pensando así rivalizar con los mismos fundadores de la Catedral, y que los ingenios de la época vaciaron sobre la cabeza de Tomé todo lo que de hinchadas metáforas y de aparatosas prosopopeyas encerraban en su tesoro de rimas.

Pero no duró mucho esta gloria, porque á últimos del siglo pasado la reacción del buen gusto aparejó á Narciso de Tomé solemne sentencia de censura; y han sido éstas tantas, que apenas se concibe cómo la resplandeciente máquina de mármoles y metales ha podido resistir el justo y valiente ataque de los críticos.

J. ORTEGA MUNILLA

AL HOMBRE

SONETO

A través del espacio y á millares
y millares de leguas de tu anhelo,
seguirás á los astros por el cielo
en sus revoluciones seculares;
penetrarás el fondo de los mares,
cual vasto libro hojearás el suelo
y abrirás los alcázares de hielo
que coronan los círculos polares.
Conocerás el germen de la vida,
la faz del microscópico organismo
y la gran nebulosa indefinida;
conocerás la tierra y el abismo;
mas siempre ¡oh ley fatal desconocida!
habrá una cosa para tí: tú mismo.

EMILIO FERRARI

LA HERMANA PEQUEÑA

I

Eran tres hermanas: las tres bonitas, las tres discretas y las tres pobres.

El padre se llamaba D. Ambrosio, y era cesante desde el 29 de Setiembre.

Podía vivir con comodidad, porque había ahorrado *un poco*; pero las niñas no tenían dote.

Una niña sin dote es un punto negro en la sociedad moderna, porque la sociedad moderna es positivista.

Las tres niñas de D. Ambrosio esperaban, sin embargo, casarse con un millonario cada una.

La vida que hacían era, según ellas creían, la más á propósito. Era una vida, sin embargo, que á D. Ambrosio le traía á mal traer, porque el pobre no podía con el gasto que traía consigo.

Porque las niñas, ó por mejor decir, dos de ellas, Luisa y Aurora, no perdonaban diversión ni turno preferido en día de moda. Iban á paseo todos los días, al teatro todas las noches, de cuando en cuando á un te, de cuando en cuando á un baile.

Modesta, no.

Modesta, que era la más pequeña y la más bonita, parecía la más vieja de las tres por su carácter.

—¿Pero te educas para monja?—le decían sus dos hermanas.

—Dejadme, yo sé lo que me hago.

Y la dejaban y se marchaban todas las noches al teatro Real, ó al Español, ó al de la Zarzuela. D. Ambrosio ¡es claro! hacía veces de *mamá*, porque era viudo y las niñas no habían de ir solas. También iba con ellas Isidoro, un pobre chico, empleado con diez mil reales en un ministerio y que solía *pegarse*, como se suele decir, siempre que la familia tenía un palco ó un coche alquilado para paseo.

—Isidoro es un buen chico—decía D. Ambrosio—tiene porvenir.....

—¿Porvenir?—decía Luisa.—¡Bonito porvenir! Diez mil reales y republicano, y ahora que va á venir la monarquía.....

—¿Porvenir?—añadía Aurora—Ya le he visto cesante tres veces en cuatro años.

—En cambio—observaba D. Isidoro—tiene muchos oficios: porque, además de su sueldo, gana cinco mil reales como administrador de una casa de la calle de la Lechuga, y cuatro mil que viene á sacar de comisión vendiendo vinos de Jerez..... ¡qué! ¡si el Isidoro es una hormiga!

Y era verdad. Isidoro era una hormigueta. No había medio de que convidase nunca á las niñas al café ni las comprara un cartucho de caramelos.

Cuando iba al teatro, *acudía* cuando se se empezaba el segundo acto, por no verse en el compromiso de tomar las entrañas.

Dejaba que D. Ambrosio comprase *La Correspondencia* para pedírsela prestada, y luego se quedaba con ella, y al cabo de tres meses las vendía todas al peso y se ganaba tres pesetillas.

Pues señor, como digo de mi cuento, las chicas se ponían muy tiernas cuando las miraban los *gomosos*, como dicen ahora. En la casa eran presentados muchos de ellos; las niñas se trataban con lo mejor de la corte.

Y Modestita, siempre muy seria y siempre en casa.

Un día, D. Ambrosio ganó sesenta duros á la lotería. Las chicas alborotaron la vecindad, y no pararon hasta conseguir que los sesenta duros fueran repartidos á partes iguales.

Luisa con sus veinte duros se compró un vestido de sedalina morada, que adornada con unos terciopelitos negros y qué se yo qué, resultó elegantísimo.

Aurora abonó tres butacas de *callejón* en el teatro de la Zarzuela, como quien sabía dónde se colocaba. Modesta se guardó su dinero, y una noche, mientras las *chicas*, como decía ella, salieron al teatro, salió ella con la criada, una criada de treinta años de servicios en la casa y á quien desde niña llamaban la *Chacha*, y volvió al poco rato con dos gallegos, portadores de una gran caja de madera, que llevaron al cuarto de Modesta.

Las chicas volvieron del teatro á las doce y media, tan contentas, tan satisfechas.... el vestido de Luisa había hecho furor.... habían dicho á todos sus amigos y amigas que se habían abonado; D. Ambrosio venía echando pestes de Salas y de la Zarzuela.

—¿Qué tienes ahí?—dijo Luisa reparando en el cajón que había traído Modesta.

—Nada—respondió la hermana pequeña tapándolo con el cuerpo.

—¿A ver, á ver qué has comprado?—dijo Aurorita.

—¡Nada! ¿Qué os importa?

—¡Ay, qué hurón! Apuesto á que es alguna tontería.

—Serán libros viejos.

—Algún retablo.

—¿Es un organillo?

—Vamos, no seas simple, enséñanos tu compra.

Modesta se reía y no enseñaba lo que había dentro de la caja. No hubo medio de descubrir el secreto. D. Ambrosio aseguraba que sería algún regalo para él, que cumplía sesenta y cinco años dentro de pocos días.

Las *chicas*; con sus trapos y sus proyectos para el día siguiente, no volvieron á ocuparse del tapujo.

Se durmieron soñando con un batallón de novios, y se despertaron dispuestas á molestar á la hermana pequeña.

Porque eso, sí, se reían de ella, la criticaban su reclusión voluntaria, pero la exigían que las peinase, que les diera el plan de un vestido, que las colocara las flores en la cabeza ó en el pelo. Modesta era tan mañosa, que todo se lo encontraba hecho.

Un día que fué Isidorito á verlas por la mañana, le dijo Luisa:

—¿No sabe Vd. que mi hermana ha hecho una compra?

—Ya lo sé—dijo Isidoro.

—¿Qué es lo que sabe Vd?—dijo Modesta encendida de cólera.

—¡Ah!—dijo entonces Isidoro poniéndose morado—creí que me decían Vds. otra cosa.

Luisa y Aurora se miraron.

—Pues sí, señor—dijo Aurora—ha comprado mi hermana un bicho que está encerrado en un cajón de madera y no se puede ver.

—Debe ser un animalucho raro—dijo Luisa.

Y se reían como unas bobas.

Isidoro cambió de conversación.

—¿Saben Vds. que se casa el Vizconde?

Aurora se puso pálida.

—No puede ser—exclamó.

—¡Vaya si puede ser! Como que acabo de oír la primera amonestación en la iglesia de San Luis.

—¡Títtere!—murmuró Aurora.

Y se marchó á su cuarto.

—La verdad es—dijo Luisa entonces—que no tenía ninguna necesidad de haber hecho creer á mi hermana Aurora que estaba enamorado de ella.

D. Ambrosio, que oía la conversación, *echó un sermón*, diciendo

que sus dos hijas mayores eran unas simples, que se creían todo lo que les decían los hombres, y que....

En este momento entró la *Chacha* y dijo:

—Ahí viene la criada del cuarto principal que quiere hablar con ustedes.

—¿Con nosotros?—dijo D. Ambrosio.

—Eso dice.

—Llame Vd. á mi hija Aurora y recibiremos todos á esa criada. Vino Aurora llorando.

—¿Qué t'enes?—le dijo su padre.

—Nada, que me he pinchado.

—No será de coser—dijo Modesta sonriendo.

—No, porque no soy tan *cursí* como tú.

Entró la criada del principal y dijo:

—Buenos días, ¿están ustedes *güenos*?

D. Ambrosio contestó por todos, y la criada dijo en seguida.

—Pues.... dicen mis señores que á ver si hacen ustedes el favor de no armar ese ruido por las noches, porque no lo puen aguantar, y á más que está mi amo enfermo....

Todas las personas que había en la sala se miraron.

—Ruido.... ¿aquí?—dijo Luisa.—¡Si nosotras vamos todas las noches al teatro, y en cuanto venimos nos acostamos!

La *Chacha* y Modesta se habían puesto muy coloradas.

—Diga Vd. á los señores—exclamó Modesta por fin—que está bien, que no habrá más ruido.

Apenas se hubo marchado la criada del principal, llovieron las preguntas sobre Modesta y la criada antigua.

—¿Se puede saber qué pasa en mi casa por las noches?—gritó Don Ambrosio.

—¿Es decir que aquí hay *jarana* en cuanto nos vamos?—exclamó Aurora.

—¿Te pasas la noche bailando, hija mía—preguntó Luisa.

Modesta se echó á llorar y se marchó corriendo.

Ya iban á seguirla todos, cuando Isidoro dijo:

—No es nada, D. Ambrosio; yo les diré á Vds. lo que pasa; déjenla ustedes llorar.... se ha asustado, pero.... en fin, todo se arreglará.... hasta otro rato!

II

Desde aquel día Modesta fué objeto de todo género de bromas, que se hubieran prolongado hasta convertirse en insultos, si un suceso inesperado no hubiera venido á absorber toda la atención de la familia.

Una noche al volver del teatro, D. Ambrosio se sintió malo, á la madrugada se sintió peor, y á la mañana siguiente dijo el médico que no duraría tres días, porque tenía nada menos que una pulmonía fulminante.

—Sí—dijo D. Ambrosio que enfermo y todo conservaba en su mal humor y su franqueza.—Se empeñaron Vds. en que con sesenta y cinco años fuese todas las noches al teatro, á los bailes, al demonio ¡y es natural, reventaré como una bomba!

Luisa y Aurora comprendieron tarde que el pobre viejo tenía razón, y lloraron desconsoladas.

Isidoro entró en la alcoba y dijo:

—D. Ambrosio, quisiera revelar á Vds. un secreto.

—Dejadnos solos—dijo el enfermo á sus tres hijas.

—No—dijo Isidoro—que se queden.

Y habló de esta manera:

—Yo, señor, hace mucho tiempo que tengo pensado casarme con Modesta.

El enfermo, Luisa y Aurora se quedaron estupefactos.

—Y como ella y yo somos pobres—continuó Isidoro—hace mucho tiempo también que, contando con el permiso de Vd., estamos preparando la boda.

Luisa y Aurora, aunque parezca extraño, rechinaban los dientes.

—¿Se acuerda Vd. de aquel cajón que tanto excitaba la curiosidad de estas señoritas?—preguntó Isidoro.

—Sí, sí, ¿qué era?

—Pues era una máquina de coser que adquirió Modesta á medias conmigo, y con ella y dos piezas de tela que teníamos compradas con nuestros ahorros ha hecho Modesta en tres meses todos los trapitos para nuestra casa y un equipo modesto de novia. Mientras Vds. se divertían y gastaban dinero, Modesta y yo ahorrábamos y hacíamos nuestra

cuenta. Ese era el ruido que tanto molestaba á los del principal. La máquina de coser, que parece una tormenta desecha.

D. Ambrosio se incorporó en su lecho, extendió los brazos y en ellos se arrojaron Modesta é Isidoro, mientras la voz del padre decía:

—Hazla muy feliz, que es muy buena..... ¡hija mía! ¡bendita seas!

Diez minutos después, espiraba sin haber dirigido una palabra á Luisa ni á Aurora.

III

De esto hace un año. Modesta y su marido son los esposos más felices del mundo. Modesta, sin embargo, tiene una pena. Su marido le ha prohibido todo trato con sus hermanas. Luisa y Aurora, sin padre, sin educación, sin recursos, han acabado por ser dos aventureras.... ¡Era natural!

En *La Correspondencia* del otro día se leía el siguiente anuncio: «Se vende una máquina de coser casi nueva; en la calle de del Bonetillo, núm. 17, cuarto sotabanco.»

Modesta y su marido leyeron este anuncio y se les arrasaron los ojos de lágrimas.

— ¡Es mi máquina! — dijo Modesta. — ¡El secreto de nuestra felicidad! No me la quisieron dar cuando me casé, y ahora la venden.....

— Para ir al primer baile de máscaras de este año — dijo Isidoro con desprecio.

— ¡O tal vez para comer mañana, Isidoro! dijo Modesta. — ¡Ve y cómprala!

Isidoro la ha vuelto á comprar y ocupa el lugar preferente del gabinete de su esposa. Luisa y Aurora no necesitaban venderla para comer, porque no les falta dinero. La vendieron porque la máquina en la casa era un mueble ridículo, inútil. ¡Porque es una máquina de coser, y esas desventuradas..... no saben!

EUSEBIO BLASCO.

UN RETRATO

Es tu pupila el faro luminoso
Que alumbra mi camino,
Y en tus árabes ojos adivino
Los placeres sin tregua y sin reposo.
Los rizos de tu frente,
Enemigos traidores de mi calma,
Llevar nuevos encantos á mi alma
Y nuevas ilusiones á mi mente.
El marfil de tu boca peregrina
Y la risa que juega con tus labios
— Símbolo de favores y de agravios —
Son promesa divina
De la insaciable aspiración humana;
Y á la par me extasia y me conmueve
Ese lunar aleve
En tu mejilla, que perdió la grana
Y tornóse azucena
Al rudo embate de amorosa pena.
Tu talle esbelto y tu gentil donaire
Y de tu voz la angélica armonía,
Recuerdan de la hermosa Andalucía
La tierra, el cielo, el sol, la luz y el aire
Tu pic andaluz y tu garganta griega,
Tu seno escultural, y tu cintura
— Breve cual mi ventura —
Realizan un conjunto que me ciega.
Entre nubes de rosa yo te veo
A través de mi ardiente fantasía,
Más bella que la bella poesía,
Más hermosa que el sueño del deseo.
Venciendo de la vida en la batalla,
Tú eres, por dones que el SENOR reparte,
La hermosura incorrecta, que es el arte
Del genio que se impone y avasalla.....

Más bello que tus ojos y tu frente,
Y tu risa y tu boca y tu cintura
Y tu seno turgente,
Y todo lo que forma esa hermosura,
A ninguna hermosura comparable
Para el que adora como yo te adoro,
Es tu sublime espíritu, tesoro
De amorosa ternura inagotable.

El tiempo marcha, y en su marcha hiere
Y mutila y destruye la belleza.
Tú siempre existirás; que el alma empieza
Donde lo humano se desgasta y muere.

FRANCISCO FLORES GARCÍA

POMPEYA

Corría la noche del 24 de Agosto en el año 79 de la Era Vulgar. Pompeya, una de las célebres ciudades que componían la privilegiada región de la Campania, descansaba sobre la falda oriental del Vesubio, cuyo humeante y rojizo penacho subía recto á perderse en el claro oscuro del espacio que los brillos estelares de un cielo sereno y las reverberaciones de la luna sobre la tersa superficie del golfo de Nápoles penetraban de tenue claror.

De los recortados jardines contruídos dentro de las casas opulentas, de las vastas *villas* situadas extramuros, de los boscajes que circundaban la población, se desprendían emanaciones llenas de fragancia que la picante brisa marina llevaba hasta los cubículos donde se daban al sueño los más felices moradores de la bella ciudad.

Las paredes de estas cámaras, cubiertas de brillante estuco vigorosamente coloreado, sobre el que resaltaban las graciosas actitudes del cuerpo humano, el sencillo movimiento de los animales, los grupos de flores y frutos y los caprichos de esa fina ornamentación característica del estilo pompeyano, permanecían ocultas por las sombras. Solamente en los dormitorios, alumbrados por la discreta luz de una pequeña lucerna alzada sobre elegante columnita, podía contemplarse los pasajes principales de la vida de los dioses ó de los héroes cantados por los poetas, si es que la vista no resbala sobre bruñidos broncees que se encendían al contacto de los rayos luminosos, pasando después á los zarzillos y abrazaderas de oro luciente que constituían el adorno de la hermosa dama que allí se entregaba al reposo. Tendida sobre el lecho con incrustaciones de marfil que servía de marco á su incitante figura, apenas si los abandonos del sueño permitían adivinar la imagen del pudor en las pulidas formas que los paños dejaban descubiertas.

De los asuntos olímpicos ó heroicos, los más escogidos para las composiciones morales eran los amorosos, triunfando los referentes á *Venus física*, protectora de Pompeya, como lo da á conocer uno de los principales frescos pintados en casa principalísima, en que representa á la diosa con el peplum sobre las rodillas, estrechando el largo cetro de oro, sentada sobre Tritón, y alargando la mano á Cupido como para descender á la playa en donde una joven matrona, personificación de la ciudad, la recibe libando sobre una ara aguinaldada.

No todos los sueños eran apacibles como el de la dama; muchos ciudadanos constituidos en autoridad ó negociantes acaudalados, cuyos nombres aparecían inscritos en las fachadas de sus casas, se revolían entre las angustias con que la ambición y la avaricia logran perturbar hasta las tranquilas horas de la vida. Algunos otros se despertaban ansiosos, creyendo haber sido nombrados decenviros, cuando en realidad sólo se sabía de ellos que su candidatura estaba escrita á la puerta de algunos despachos de bebidas calientes y de comestibles, cuyos dueños recomendaban, en unión con sus parroquianos, por todo programa electoral, los nombres de dichos caballeros.

Sin embargo, la dulzura en las costumbres, como el cultivo de las pasiones afectivas (consecuencia de aquellas costumbres, que lo suave de la naturaleza del lugar ablanda) eran lo predominante en Pompeya. El umbral de las puertas de entrada saludaba con el pacífico *Have*; el perro guardián que impedía el ingreso á los extraños, sólo estaba representado en un mosaico del prótiro, como en la casa del poeta trágico; y en los muros de los perístilos, columnas de los jardines, ó sitios á propósito, se leían frases y versos, protegiendo el sueño de una dama, hablando de amor á una doncella, ó celebrando la generosidad de un rico que regala á sus amigos y parásitos con exquisitos vinos y manjares.

Por las calles de la ciudad había cesado el estrépito de los carros rodando sobre las poligonales losas de lava que formaban el empedrado. El tráfico quedaba paralizado hasta el alborear del día siguiente. Algunos individuos, muy pocos, transitaban aún á lo largo de las altas aceras en las vías principales, cortando el ruido de sus pasos la monotonía de los caños de agua que caían en los pilones de las fuentes colocadas en las esquinas. Otros parecían y desaparecían por entre los huecos de los elegantes propileos de los pórticos. La mayoría de estos

vigilantes se dirigía á sus domicilios; eran contados los que sintiendo el aguijón de la impureza acudían á sitios infames, donde se reproducían al vivo los obscenos grupos pintados en las paredes por una mano grosera. El eco de las carcajadas ó de los aplausos de la muchedumbre, había espirado ya sobre las desiertas graderías semicirculares del Teatro Cómico y del Teatro Trágico, iluminadas débilmente por la luna, lo mismo que las elípticas del gran Anfiteatro. Igual silencio reinaba en los anchurosos ámbitos del Foro, de la Basílica, de los templos contiguos, cuyas estatuas ornamentales mostraban al aire libre varias actitudes, y cuyas masas arquitectónicas resaltaban casi totalmente por oscuro en el espacio.

Por entre las rendijas de las puertas de ciertas posadas y tabernas saltan rayos de luz y ráfagas del vocerío producido por la gente viciosa allí reunida, que por lo común disputaba sobre el mérito de los gladiadores. Por cierto que algunos de estos purgaban á aquellas horas faltas de disciplina en el cepo del cuartel. También velaban los cuerpos de guardia, establecidos en las puertas de la ciudad, aumentando el ruido en la Marina, por donde se entraba á Pompeya, viniendo del Puerto, la cual era de más animación que las otras por tener una hostería muy frecuentada de marineros y soldados, desde donde solían escaparse buen número de blasfemias contra una imagen de Minerva colocada en un nicho de la pared frontera. Esta imagen, aunque de barro cocido, tenía particulares adoradores de posición, á juzgar por las lámparas votivas de plata y oro colgadas á su alrededor.

Asimismo permanecían despiertos los muchos operarios que en los hornos con molino fabricaban el pan del día siguiente; los artesanos á quienes la prisa ó la penuria obligaban á trabajar durante la noche; y acaso más de un poeta, creyendo oír el fragoroso aplauso del público en los coliseos, ó la culta aprobación de la alta sociedad en las exedras de las casas opulentas, recitaba versos acabados de trasladar al rollo de pergamino, hollando á grandes pasos las quimeras del pavimento en mosaico.

Quienes de fijo trabajaban eran los dos Plinios, tío y sobrino, ilustre el naturalista entre sus contemporáneos, y en camino de celebridad el menor, que enamorado de la sabiduría se dedicaba á prolongados estudios. Las evidentes señales de una próxima erupción, manifiestas en la cumbre encendida del Vesubio que por allí lanzaba las ardientes materias que le corroían, les tenían apercibidos á la catástrofe que trataban de presenciar como hombres científicos.

El humeante y rojizo penacho siguió elevándose durante el resto de la noche; el firmamento continuó brillante; el ambiente puro de la ciudad callada, y las embarcaciones del puerto, imperceptiblemente movidas por el tranquilo flujo del golfo sosegado, se agrupaban entrelazando aparentes sus palos y jarcias.

* * *

Y comenzó á lucir el nuevo día, 25 de Agosto, y á circular gentes por las calles; primero los madrugadores, después los que despachaban líquidos y sólidos de general consumo: cuantos servían en tienda abierta ó trabajaban en talleres, fábricas, estudios de artistas, templos, establecimientos públicos, de todas partes iban acudiendo á ellos los ciudadanos que por obligación debían abandonar el plácido lecho reservado á la gente regalona ó que trasnochaba.

Los conductores de reses se dirigían con ellas al Foro bñario; los canteros y arbañiles iban, en su mayor parte, al Foro civil, á sustituir las columnas del pórtico, hechas de tufo, por otras de travertino, y construir sobre ellas un segundo orden cubierto para dar amplitud y magnificencia al monumento. Igualmente restauraban allí el templo de Júpiter, cuyas columnatas jónicas y corintias superpuestas habían sufrido mucho con el último terremoto.

A la basílica acudían cuantos tratan entre manos públicos negocios; y muchos de ellos, cansados de esperar las decisiones de los magistrados, ó satisfechos del éxito de sus pretensiones, se entretenían en grabar letreros con el estilo en los entrepaños de las paredes. El templo de Venus, cuya ornamentación unta á la severidad dórica la jónica elegancia, era el más concurrido, adorándose allí como dioses afines á la Venus física, á Mercurio y á Mata, representada en un cono de piedra, llamado *Omphalos*, símbolo de la tierra. En la Curia de los Augustales se congregaban estos hermanos para celebrar funciones cívico religiosas en honor de Augusto, y allí abrían sus despachos los banqueros que traficaban con el cambio de moneda.

Las casas de baños y termas públicas marcaban ya en su reloj solar

el momento de tener dispuestos los aparatos gimnásticos en la palestra; el espoliatorio, las salas de agua fría, templada y caliente, los destrictorios colocados al extremo de las piscinas para la limpieza y unções, y todo lo concerniente á los baños de hombres y mujeres, porque el calor de la estación los llenaba de concurrentes.

En suma, los pompeyanos se entregaban á sus faenas ó placeres en público ó en el secreto del hogar, cuando principió á nublarse el espléndido sol que los alumbraba, como preludio de la gran catástrofe que iba á sepultar á Pompeya al influjo de una erupción volcánica.

LO CIERTO

Se había inflamado repentinamente el Vesubio. Torrentes de materias volcánicas, mezcladas con piedra pómez dividida en fragmentos, comenzaron á cubrir sus vertientes.

Arremolinadas nubes de denso humo ennegrecieron el espacio, borrando el Sol y todo destello de su vívida lumbre.

El cráter arrojaba un continuo metrallazo rojizo que iba á perderse recto en la oscuridad. El ruido del borbolar la lava en las entrañas del monte era medroso; el temblor de la tierra atemorizaba; el fuego, reflejándose en las ondas del golfo, simulaba un mar de llamas que metía espanto. Las ascuas y las cenizas iban subiendo á impulsos del volcán las comarcas próximas: algunas de aquellas llegaron en alas del viento hasta el Egipto y la Siria.

Los pompeyanos, fuera de sí ante una catástrofe tan impensada y tan general, huyen despavoridos en la primera hora. Escenas desgarradoras de tiernas despedidas entre parientes y amigos, de llantos por los que no saben qué partido tomar, llenan de tristeza y horror los hogares y sitios públicos.

Entre tanto, los ríos de hirvientes materias que descienden de la cumbre estrían el Vesubio en varias direcciones. Apretada lluvia de arena y pedrisco va cubriendo la techumbre y el empedrado de la ciudad.

El Mediterráneo retrocede con fieros rugidos, dejando la playa cubierta de peces. Comienzan á sucumbir los pompeyanos, unos sofocados por el humo, otros aplastados por las piedras. Mujeres y niños agonizan en sus casas, sin valor y fuerzas para abandonarlas. La angustia de los enfermos postrados en sus camas es horrible.

Los ciudadanos que pueden huyen por las puertas de los muros. Algunos, llenos de ánimo ó de codicia, registran las casas propias y las ajenas para llevarse el dinero, las alhajas, las telas ricas. Otros vuelven á la ciudad, después de haberla abandonado al primer momento de pavor, para buscar las prendas de su corazón ó los objetos preciosos del hogar.

La misma confusión que reina en las vías públicas, se advierte en los alrededores de Pompeya. La puerta que lleva al Vesubio se ve completamente abandonada; la aglomeración es grande en la de la Marina, por ser muchos los que, llenos de sobresalto, corren á salvarse en el mar; y á las demás salidas afluye numeroso gentío. Unos buscan el refugio de la populosa Capua; otros se dirigen hacia la culta Nola; quienes, sobreponiéndose á antiguas miserias, olvidan ante el peligro las rivalidades existentes entre Nuceria y Pompeya, y van al delicioso valle en que aquella se extiende; otros, en fin, toman la ruta de Heraculano y de Estabia, donde su mala suerte les ofrece en espectáculo la desolación de que van huyendo. Ambas ciudades desaparecen paulatinamente bajo las cenizas de la erupción, muriendo en la última el mayor de los Plinios, arrollado por un turbión de fuego y azufre. Pensó el otro morir en la campiña masinense, en medio de las tinieblas, sofocado por el humo y la ceniza. Testigo presencial de la horrosa catástrofe, nos dejó en dos cartas su tétrica narración.

Al cabo de tres días cesó el volcán de vomitar lava, sosegándose el mar y los aires. Entonces pudo verse que Pompeya, con otras ciudades de la Campania, había como desaparecido de sobre la haz de la tierra cubierta de cenizas en una extensión vasta.

AYER

Pompeya estaba situada á doce millas de Nápoles, en las rientes playas donde el Sarno desagua, recostada sobre una colina dominante una gran llanura, que entonces llegaba hasta el mar, el cual ha ido retrocediendo á influjo de las erupciones. La ceñían dos murallas, una sobre otra, flanqueadas de torres y coronadas de almenas.

Piérdese su origen en la noche de los tiempos, como se perdieron sus trazas en la oscuridad de unos días. Una población itálica, mezclada de griegos venidos de fuera, fundó Pompeya hacia el siglo vi, ar

tes de la Era vulgar. Strabon supone que la fundaron los oscos, y la ocuparon sucesivamente etruscos y pelasgos. Los samnitas, bajados de los Apeninos, tomaron posesión de ella en el año 424, manteniéndose allí hasta el fin de la guerra Mársica, cuando incendia la Estabia y deshecho el ejército de Cluencio, hubieron de sucumbir los habitantes de Pompeya á la fortuna de Roma.

Perteneció á la república del Tíber, agregándose á otros pueblos que reconocían á Capua como metrópoli. En la guerra de Cartago contra Roma se apoderó de ella Aníbal. Inclínada al lado de Mario, fué vencida y saqueada por Sila, quien estableció allí una colonia militar, renovada luego por Augusto.

Harta de guerrear, fué poco á poco abandonando su primitiva fiera, y embelleciéndose con suntuosos edificios. De entonces comenzaron á acudir ilustres personajes, que en su seno buscaban refugio contra las agitaciones del foro romano.

Dicho emperador la habia declarado municipio, y Nerón colonia, por lo que, bajo la protectora égida de sus magistrados, llegó á gozar de una prosperidad envidiable, creciendo su renombre, tanto por tierra como por mar, que en aquellos tiempos concurrían á su puerto muchas naves.

Cuando la amenidad del sitio, la frecuencia del comercio y la riqueza de sus habitantes la habian convertido en una de las más célebres ciudades de la Campania, la hirió de improviso un terremoto el día 5 de Febrero del año 63 de la Era Vulgar. La Basílica y el Foro quedaron destruidos, temblando la ciudad entera sobre sus cimientos. Huyeron espantados los habitantes, y Roma vaciló en permitir su restauración. A consecuencia de acalorados debates que se verificaron en el Senado, se concedió permiso para la reparación de los considerables perjuicios que el terremoto ocasionara.

Los temblores no se repitieron; la memoria del siniestro se borró, pero en el año 79 se borró también Pompeya del mundo de la vida.

En 1748 de la Era Cristiana se principió á sospechar de su existencia, con ocasión de haber tropezado con unos objetos, extraños para ellos, ciertos labradores que trabajaban en una viña, á orilla del Sarno.

El rey de Nápoles ordenó que se emprendieran las excavaciones, y al cabo de más de un siglo de descubrimiento, exploradas diligentemente calles, plazas, edificios públicos y particulares, ha podido reconstruirse el tipo de la cultura romana durante la primera mitad del siglo de Augusto.

HOY

A las nueve de la mañana de un magnífico día de verano, tomamos el tren en Nápoles, y á las diez llegamos á Pompeya. Portici, Torre del Greco, Torre dell' Annunziata, fueron las estaciones que íbamos dejando atrás, á medida que el convoy costea las orillas del mar, unas veces visible por los claros de las construcciones, otras oculto por murallas y casas que se alzaban formando calles á la vía férrea.

A trechos aparecían pequeñas playas de arena oscura con lanchas y botes en seco, dispuestos á la carena ó á la limpieza. Y sucediéndose unas á otras en la tortuosa línea trazada por los caprichos de la costa, larga serie de modestas casas de pescadores, blancas como la nieve, y opulentas villas, solicitando la atención del viajero con la poética pobreza de los reducidos huertos, y la exuberante florecencia de los vastos jardines, en cuyas escalinatas tropiezan las ya moribundas olas.

Apeados en el andén, término de nuestro corto viaje, y saliendo por la puerta trasera de la estación, anduvimos algunos instantes por camino llano hasta dar en el *Hotel Diomede*.

Después de haber tomado allí un refrigerio y encargado comida para la vuelta, subimos á un cuarto de la misma fonda, donde sobre mesas y dentro de escaparates se ofrecían multitud de obrillas de arte hechas con lava del Vesubio, como estatuillas, dijes, gemelos, alfileres, etc., á precios módicos. Frente á la puerta de esta habitación hay otra más pequeña, como si diera á un lugar cuyo nombre es excusado decir, en la cual campea este letrero: *Entrada á Pompeya*. Efectivamente, por allí se sale al aire libre, se sube por una aniena colina que los oleastros y las acacias asombran, bajo la que están enterradas casas y jardines que en los antiguos tiempos llegaban hasta las murallas de la ciudad, hoy inútiles ó destrozadas, y se va á parar á la entrada oficial. Llámola así, porque en ella ha establecido el Estado un torno que deja el paso expedito á todo visitante que satisface la cuota de dos liras en la caseta de recaudación. Mediante esta suma, un empleado, de uniforme, os acompaña, con el encargo de enseñaros

la ciudad. Por lo general, se espera á formar un grupo, á fin de que haya suficientes *cicerones* para los viajeros.

La primera impresión que la vista de Pompeya causa, es penosa. Se ve una inmensa tumba abierta, en medio á la soledad más triste. Parece que se oyen los gritos ahogados y que se presencian las torturas compañeras de la horrible agonía. ¡Qué espantoso cuadro! ¡Cuánto dolor supremo, cuánta indecible angustia en aquella extensa trabazón de casas sin techos, sin muebles, sin habitantes; desnudas y rotas las paredes, llenos de cascajo algunos compartimientos y otros ostentando aún trozos del mosaico que los pavimentara! La alegre naturaleza que rodea tanta ruina, y la vida que el sol esparce, prestan ficticia animación al recinto de la ciudad; se nota algo parecido á la sardónica risa de una calavera.

A medida que se avanza, se observan los caracteres generales de aquella agrupación de muros y tabiques, dividida en otras pequeñas agrupaciones, á manera de las islas trazadas por las calles, plazas, foros y solares descubiertos.

La luz es fortísima, las sombras se destacan con vigor. Todos los accidentes del empedrado, como las abolladuras, el desgaste de las piedras, los hondos surcos hechos por las ruedas de los carros, anuncian como acabado de cesar un ruido de cosas y un movimiento de gentes que cesaron hace mil ochocientos años de existir y de moverse.

Volaron los tejados, desapareció el menaje, se pulverizó lo endeble, quedó en pie lo sólido, lo macizo permaneció sobre su asiento, palideció lo de tonos vivos, se borró lo vago, murió la carne, se quemó la materia sensible, y sobre la inerte se extendió un sudario que poco á poco fué trocándose en losa sepulcral. Vinieron luego los sabios, é hicieron levantar la losa. Mandaron sacar cuidadosamente los restos, y los transportaron al Museo de Nápoles, formando otro Museo pompeyano en la Puerta de la Marina. Fragmentos de maderamen, trozos de muebles, vaciados de cuerpos humanos y de animales en varias actitudes, ya de abandono, ya de desesperación; inscripciones en piedras; tierras cocidas, bronces, vidrios, colores, comestibles, restos orgánicos, mármoles para construcciones, estatuas, manuscritos, allí está cuanto la ciencia industriosa ha podido sacar, estudiar y clasificar de entre la general destrucción.

Los mismos sabios han hecho que se limpien las vías, que se ordenen los escombros, que se sujete lo yacilante, que se numeren los edificios, y se averigüe el destino de la mayor parte de ellos. Puesto todo en regla, el Estado se encarga de su conservación; y mientras los viajeros, guiados por públicos funcionarios, recorren las secciones descubiertas, las lagartijas desvergonzadas atraviesan de una acera á otra, ó se esconden por los ángulos de las casas.

Lo excavado hasta la fecha equivale á poco más de una tercera parte del casco de la población, que puede compararse á una mitra mal hecha y desmochada. Los descubrimientos van desde la base hacia el medio, en sentido latitudinal. Desde el medió hasta la punta, donde se ve el Anfiteatro, está cubierto, excepción hecha de una línea recta formada por una calle que va á dar á las murallas interrumpidas por puertas. Estas se hallan totalmente destruidas, menos las de Herculano y Nola, y marchan así: á un extremo de la base de la mitra, la puerta de Herculano, desde donde comienza la calle, extramuros, de las tumbas; sigue la del Vesubio, al pie de la falda oriental del monte; luego la de Capua, donde se inicia la sección triangular de la mitra; puerta de Nola, en que termina la calle larga de que se ha hecho mención; puerta del Sarno, junto al Foro boario, próximo al Anfiteatro: es decir, en el remate de la figura; la de Nocera, en frente de la de Nola, como la de Estabia frente á la de Capua; y al otro extremo de la base la puerta de la Marina, por donde se penetra en el caserío.

Primero se va á dar al Foro, que sirve de núcleo á una agregación de edificios importantes, como los templos de Venus, Júpiter Vesta y Mercurio, la Basílica, el Augusteo, el Atrio, el Calcídico, el pórtico de la Concordia, las Curias y la Escuela de Verna, donde el pueblo se reunía en comicios.

A la izquierda del Foro, detrás del templo de Júpiter, parte una calle recta que conduce á la muralla septentrional; su primer tramo remata en dos arcos erigidos en honor, el uno de Nerón César, y el otro de Calígula; ambos hijos de Germánico. Por delante de estos arcos va en dirección Este la gran arteria que atraviesa la ciudad, y que, como queda dicho, termina en una puerta. Llámase ahora Decumano mayor, componiéndose antiguamente de las calles de las Termas, de la Fortuna y de Nola.

Más á la izquierda del Foro se llega oblicuamente á la puerta de Herculano, cuya calle de los Sepulcros carece de interés ante el inmenso sepulcro de la ciudad.

Volviendo á la derecha del punto de partida se está en la pequeña arteria, Decumano menor ó calle de la Abundancia, desde la que se baja hacia el Mediódía para visitar los teatros Trágico y Cómico, las Termas, varios templos y pórticos, el Foro triangular y el templo de Hércules comprendido en él. El gran Anfiteatro se halla en la campiña á cuatrocientos metros de la parte descubierta.

El total de las construcciones, aunque fuera más propio decir de las destrucciones, aparece bajo, extendido en un plano que se pierde en las graciosas ondulaciones de las colinas vesubianas. Las casas, por sí solas ó agrupadas, forman islas ó manzanas. Por lo común eran de dos pisos, muy rara la de tres, con la fachada cubierta de estuco con brillante colorido, y azoteas que desaparecían bajo el follaje de las enredaderas y algunas de las vides. Hoy se ven mutiladas con los reparos que el espíritu de conservación les ha hecho semejantes á cicatrices. En su interior se hallan estatuas de dioses, héroes ó simples mortales, hermes simétricos á las entradas de cámaras y jardines, estatuas de animales rodeando una fuente muda con el caño seco, pilastras, sustentáculos con grifos y cobertera para que el tiempo no los injurie, nichos vacíos, pedestales desamparados, pinturas murales en paredes desquebrajadas cuyos intersticios llena la restauradora argamasa.

La distribución característica de la casa pompeyana, así como de la romana, que venía á constituir el tipo común á las casas de alguna importancia, es sencilla.

El *atrio* y el *peristilo*, he aquí las dos partes principales que comunicaban entre sí, por el *tablinum*, pieza media destinada á archivo, comedor, etc.; por los corredores, llamados *fauces*; ó por uno y otro á la vez. El atrio era una pieza rectangular, con techo, en cuyo centro se abría el *impluvium*. El peristilo era un jardín rodeado de un pórtico. Al atrio se entraba por el prótiro, especie de vestíbulo con puerta á la calle.

Esta arquitectura responde á la doble fase de la vida romana, pues que el atrio tenía semejanza con el Foro, significaba la vida pública, se recibían en él las visitas, y los extranjeros; mientras que el peristilo, destinado á la vida doméstica, presenciaba las operaciones del hogar.

De la fortuna de los propietarios y sus mayores ó menores necesidades dependía el que la casa, además de lo enumerado, contara con otras habitaciones de puro lujo, é indispensables para vivir con opulencia, como baños, capillas, salas de conversación y otras parecidas.

Sirva de modelo la casa llamada vulgarmente de Pansa, que forma la isla Arriana Polliana, y es de las más bellas y espaciosas de Pompeya. La entrada está precedida de un pequeño vestíbulo, al que sigue el atrio con *impluvium* para recoger las aguas llovidas, teniendo á cada lado tres dormitorios y un ala. El *tablinum*, situado entre un corredor y una elegante sala con ventana (*oculus*) donde solían estar las mujeres, da al jardín, rodeado de pórticos y provisto de una piscina. Este tiene por un lado la salida secreta con escalerilla á las habitaciones superiores, más un vasto comedor con camarín á propósito para guardar el servicio de mesa; y por el otro tres aposentos reducidos, con hermosas pinturas, de las que se conservan una ninfa sentada que se apoya sobre una urna manante, y Danae recogiendo la lluvia de oro. Inmediata sigue la cocina con hogar, y en ella las imágenes pintadas de los dioses lares, de serpientes, del genio doméstico que sacrifica acompañado del tocador de tibias sirviendo de contorno á estas figuras; las de un jamón, una anguila, una cabeza de puerco, una liebre, peces, tordos y otras que el tiempo ha borrado por completo. Tras de la cocina se hallan la cuadra, la letrina y un patio con puerta separada para el ingreso de los carros. Frente al jardín hay una *exedra* ó sala grande de conversaciones (que por lo común tenía los bancos en emiciclo), y otras piezas menores, desde una de las que se sale al huerto, con balsa y casa rústica para el hortelano.

Recorriendo la ciudad, se acostumbra el curioso al espectáculo de las ruinas, mirando de continuo infinidad de tabiques divisorios, de dos á tres metros de alto, en las casas particulares. A veces, en el paso de una cámara á otra, se ve subsistente el arco de entrada, y paredes adornadas hasta cerca del techo imaginario con ese estilo pictórico propio de Pompeya. De cuando en cuando, algunas obras de mosaico, como fuentes practicadas en el fondo de los jardines, ó frescos murales,

que son prodigios de buen gusto. También es frecuente hallar en las tabernas y tahonas vasijas para el despacho de los líquidos y muelas para desmenuzar el trigo; así como á las puertas de las casas ciertas esculturas que la erudición considera con más benignidad que el vulgo de los espiritualistas en grado superlativo.

En las Termas quedan aún grandes nichos sin estatuas y estribos con arranques de bóvedas. En los templos, además, aún permanecen escalinatas, grupos de columnas con trozos de arquitrabe, fustes rotos, lisos é histriados, de pie sobre las basas. Y en aquellos, como en los otros edificios públicos, capiteles y cachos arquitectónicos alzados sobre el suelo en artística composición: fuertes muros descascarados con ladrillos al descubierto, como si estuviera levantada la piel para mostrar la robustez muscular de un gladiador. En las columnatas reina una gradación que pone de manifiesto el mayor ó menor estrago sufrido. Se conservan, desde el solo imbricapeo enhiesto, hasta sosteniendo pedazos de cornisa; las mesas de los intercolumnios están destruidas por los bordes.

La diligente suficiencia de los eruditos que el gobierno italiano destina á la conservación de Pompeya, hace que cada cosa esté en su sitio, restaurada hasta donde los medios permiten. Las excavaciones continúan. El asombro de los presentes es mucho, al ver surgir de la tierra toda una ciudad; pero la melancolía que su aspecto infunde en los ánimos es mayor.

Con ganas de sustraernos á la punzante curiosidad que se siente transitando por aquellas calles abandonadas y plazas desiertas, volvimos á salir por el torno que nos sirvió de entrada, y llegamos al Hotel Diomede. Después de borrar las tristes impresiones de la visita con los refuerzos de la mesa de la fonda, tornamos, otro amigo y yo, á la bella Nápoles, cuya loca alegría contrasta hoy con el silencio de Pompeya. ¡Quién sabe si dentro de algunos siglos vendrán los viajeros á ver desenterrar á Nápoles, sepultada por una erupción del Vesúbio!

F. MOJA Y BOLÍVAR

LA TRENZA NEGRA

(DE ERCKMANN-CHATRIAN)

Más de quince años hacía ya que no pensaba en mi amigo Faifer, cuando un día me cayó en mientes su memoria. Decir cómo y por qué, me sería imposible. Con los codos sobre mi pupitre y los ojos desmesuradamente abiertos, pensaba en el buen tiempo de nuestra juventud; me parecía que andaba aún recorriendo la gran alameda de los *Castaños* en Charleville y cantuzaba involuntariamente la alegre anacreóntica de Jorge:

Escanciad, amigos, escanciad de beber.

Después, volviendo en mí de repente, exclamé:

—¿En qué diablos piensas? ¿Te crees joven aún? ¡Pobre loco!

Algunos días después, entrando al oscurecer en la capilla de Luis de Gonzaga, ví enfrente de la caballeriza de monta un oficial de *spahis*, con su kepis sobre la oreja, y las bridas de un hermoso caballo árabe al brazo. La estampa de este caballo hubo de llamar mi atención, cuanto más que irguiendo la cabeza por encima del hombro de su amo me miraba fijamente y con una expresión que parecía casi humana.

Abrióse la puerta de la caballeriza y el oficial entregó á un mozo las bridas, y volviéndose en mi dirección se encontraron nuestros ojos.

Era Faifer: su nariz acabalgada, su bigote rubio y su puntiaguda perilla no podían dejarme duda, á pesar de lo atezado de su rostro curtido por el sol de Africa.

Faifer me reconoció al instante, pero ni un músculo de su rostro se estremeció, ni asomó á sus labios la más ligera sonrisa. Vínose á mí lentamente, me dió la mano, y como si me hubiera visto la víspera, me dijo simplemente:

—Buenos días, Teodoro ¿cómo estás?

Esta sencillez me sorprendió de tal manera, que le contesté en el mismo tono y con la misma frialdad:

—Bien, Jorge, muchas gracias.

—Me alegro.

Y enlazándose conmigo del brazo, me preguntó:

—¿Adónde vamos?

—Yo iba á mi casa.

—Pues te acompaño.

—En buen hora.

Y bajamos la calle de Cleves, preocupados los dos.

Llegado que hubimos á mi puerta, tomé la estrecha escalera, sintiendo detrás de mí las espuelas de Faifer. Ya en mi aposento, tiré el kepis sobre el piano, tomé una silla y se sentó.

Por mi parte, dejé sobre otro mueble mi códerno de música, tomé otra silla y me senté enfrente de él.

Y ambos permanecemos preocupados y taciturnos.

Pasado un buen espacio, me preguntó Faifer con voz dulce:

—Tú sigues siempre con la música ¿eh?

—Sí, le contesté en el mismo tono: soy organista de la catedral.

—¡Ah! Y tocas todavía el violín.

—Sí

—¿Recuerdas la canción de Luisa?

En este momento, todos los recuerdos de nuestra juventud se presentaron tan vivamente á mi espíritu, que sin proferir una palabra descolgué el violín de la pared y me puse á tocar la canción de Luisa, pero tan bajo, que me parecía oírlo yo solo.

Jorge me escuchaba con los ojos fijos, y á la última nota se levantó, y tomándose las manos con fuerza, me miró largo rato en silencio.

Por fin lo rompió diciendo como si hablara consigo:

—Todavía late aquí un buen corazón. Ella te ha engañado.... prefiriendo á Estanislao en razón de sus ventajas pecuniarias. ¿Qué importa? Siempre vales más que él.

Yo me senté llorando.

Faifer dió unos cuantos paseos por la sala, y parándose luego de pronto, se puso á mirar mi violín en silencio. Después lo descolgó y tocó un preludio, cuya limpia ejecución no pude menos de admirar.

Pero el oficial dejó al punto el instrumento, encendió un cigarro con expresión sombría y me dió las buenas noches.

Lo oí bajar la escalera, y el ruido de sus pasos resonaban en mi corazón.

Algunos días después, supe que el capitán Faifer se había instalado en un cuarto que daba á la plaza Ducal. Se le veía fumar en su balcón sin que él hiciera caso de nadie. No frecuentaba el café de los oficiales; su única distracción era montar á caballo y pasearse á lo largo del Meusa, por el camino de Sirga.

Siempre que me encontraba me gritaba de lejos:

—¡Adiós, Teodoro!

Yo era el único á quien dirigía la palabra.

A fines de otoño el obispo de Reims giró su visita pastoral, y yo estuve muy ocupado aquel mes, tocando en la catedral y en el seminario, sin darme punto de reposo. Después que el prelado partió volvió todo á su reposo habitual. No se hablaba ya del capitán Faifer, el cual había abandonado su alojamiento de la plaza Ducal, no daba ya sus paseos á caballo, ni se hablaba de otra cosa en la ciudad que de las últimas fiestas y de las infinitas gracias del obispo: yo mismo no me acordaba ya de mi antiguo amigo.

Una tarde, en que los primeros copos de nieve revoloteaban por delante de mi ventana y tiritaba yo encendiendo mi chimenea para hacerme el café, sentí pasos en la escalera.

—Este es Teodoro, me dije.

Y en efecto, era él, siempre lo mismo; sino que ahora una capa impermeable cubría los bordados de plata de su uniforme azul celeste.

Estrechóme la mano y me dijo:

—Vente conmigo, Teodoro: me siento hoy más malo que nunca.

—Al momento, le contesté poniéndome la levita; al momento, ya que así lo quieres.

Bajamos á la acera cubierta de nieve.

En el ángulo del jardín de las Carmelitas se detuvo el capitán ante una casita blanca con persianas verdes. Abrió la puerta, entramos, y la volvió á cerrar por dentro.

Antiguos retratos adornaban el vestíbulo; la escalera de caracol era elegantísima. Faifer subía rápidamente y no pude ver sino muy á la ligera las preciosidades que se me ofrecían al paso.

Pero cuando abrió su gabinete, quedé verdaderamente deslumbrado: ni el mismo prelado estaba alojado tan suntuosamente. En las paredes de dorado fondo, se destacaban grandes flores purpúreas, armas orientales, magníficas pipas turcas incrustadas de nácar. Los muebles de anacardo tenían una forma escorzada y maciza de mérito. Una mesa redonda con tabla de mármol jaspeado de azul y verde sostenía una gran bandeja de laca violada y en ella un cincelado frasco que contenía una esencia de color de ámbar: y no sé qué sutil perfume

se mezclaba con el olor resinoso de las piñas que ardían en la chimenea.

—¡Qué feliz es este Faifer! decía yo para mí. Todo esto lo ha traído de sus campañas de Africa. ¡Y qué rico país aquél! Todo se encuentra allá en abundancia: el oro, la mirra, el incienso; frutos incomparables, y sobre todo, mujeres de ojos grandes y negros y flexibles de cuerpo como las palmeras, según el *Cantar de los cantares*.

Tales eran mis reflexiones.

Llenó Faifer una pipa y me la ofreció, y él encendió otra, turca como la mía, y con boquilla de ámbar.

Y henos recostados con la mayor indolencia en cojines de amaranto, mirando cómo desenvolvía el fuego sus lenguas rojas y blancas sobre el fondo negro de la chimenea.

Yo escuchaba los gritos de los gorriones guarecidos bajo las tejas, y el fuego me parecía más bello.

De vez en cuando levantaba Faifer los ojos, y los volvía á bajar más pensativo.

—¿En qué piensas, Teodoro? me preguntó por fin.

—Pienso, le contesté, en que me hubiera valido más dar una vuelta por Africa, que permanecer en Charleville. ¡Cuántos sufrimientos y enojos no me hubiera ahorrado, y cuántas riquezas adquirido! ¡Ah! Hizo muy bien Luisa en preferir á Estanislao; yo no hubiera podido hacerla feliz.

Faifer sonrió con amargura.

—Según eso, envidias mi felicidad.

Yo me quedé estupefacto, porque Jorge no se parecía á sí mismo en aquel momento: lo agitaba una profunda emoción, y sus ojos estaban arrasados de lágrimas. Levantóse de repente y fué á ponerse á una ventana tarareando entre dientes no sé qué aire de la *Garza Ladra*.

Después dió un salto y vino á llenar dos copas de su licor de ámbar.

—¡A tu salud! Teodoro.

—¡A la tuya, Jorge!

Al beber aquel licor aromático, sentí una especie de deslumbramiento; un bienestar indefinible, un vigor sorprendente penetró hasta la médula de mis huesos.

—¿Qué es esto? le pregunté.

—Un cordial, me contestó; podríamos llamarlo un rayo de sol de Africa, porque contiene la quinta esencia de los más raros aromas del suelo africano.

—¡Es delicioso! Escancíame otra copa, Jorge.

—Con mucho gusto; pero antes átate esta trenza de cabellos al brazo.

Y al mismo tiempo me presentó una treza de pelo negro y reluciente.

Aunque la exigencia me pareció extraña, no le opuse objeción ninguna.

Me até la trenza al brazo, y bebí.

Pero no bien hube bebido esta segunda copa del licor de ámbar, cuando la trenza se insinuó, no sé cómo, hasta mi hombro: yo la sentí deslizarse bajo mi brazo y agazaparse bajo mi corazón.

—¡Faifer!—grité—¡quitame esta trenza; me hace daño!

Pero Faifer contestó gravemente:

—Déjame respirar.

—¡Quitame la trenza, que me siento morir!

—Déjame respirar—volvió á decir Faifer.

—¡Jorge, amigo mío! quitame la trenza, ¡que me ahoga!

—Déjame respirar—repitió con la misma calma.

Entonces me sentí desfallecer.... Una serpiente me mordía el corazón; se deslizaba alrededor de mi cuerpo, y sus fríos anillos se corrían lentamente hacia mi cuello.

Me lancé á la ventana gimiendo y la abrí con mano trémula. Un frío glacial penetró hasta mis huesos, y caí de rodillas invocando el nombre de Dios.

Súbitamente luego me volvió la vida, y cuando me levanté, el capitán Jorge Faifer, pálido como la muerte, me dijo:

—Te he quitado, pues, la trenza. Mírala otra vez en mi brazo.

Y añadió después de una carcajada nerviosa:

—Estos negros cabellos son dignos de los rubios de tu Luisa. ¿No es verdad, Teodoro? Cada cual, amigo mío, lleva su cruz más ó menos estoicamente.... Pero recuerda que se expone á crueles desengaños quien envidia la suerte de los demás, porque, como reza el refrán árabe, la víbora es dos veces víbora cuando se oculta entre rosas.

Con esto, enjugué el sudor de mi frente, y huí de aquel lugar de delicias, frecuentado por el espectro del remordimiento.

¡Ah, cuán dulce es, amigos míos, reposar en un modesto banco enfrente del hogar, oír chillar con el grillo á la tetera y tener en el corazón un lejano recuerdo de amor que nos permita derramar de cuando en cuando una lágrima sobre nosotros mismos!

CECILIO NAVARRO

BALADA DINAMARQUESA

Cristina, la virgen rubia,
la virgen de rosa y nácar,
resplandece como un astro
en la mansión del monarca.

En el coro de hermosuras
que alegra el soberbio alcázar,
ella es la nota sublime,
ella es la estrofa dorada.

El rey le dice:—Cristina,
te adoro con toda el alma;
dame tu amor, y te entrego
mi caballo de batalla,
una silla de oro y seda
y un manto de armiño y plata.

—Haced tan ricos presentes
á nuestra reina adorada,
y dejad que me retire
¡por piedad! con mi honra intacta.

—Dame tu amor, y te entrego
mi regia corona.

—Dádsela
á vuestra esposa, y dejadme
¡por piedad! con mi honra intacta.
—Por un beso, la mitad
te doy de mi reino.

—Dádsela
á vuestra esposa, y dejadme
¡por piedad! con mi honra intacta.

—Si no me entregas tu amor
te encerraré en una jaula
erizada de puñales.

—Señor, haced lo que os plazca;
los ángeles desde el cielo
verán que soy pura y casta.

Encerraron á Cristina,
la virgen de rosa y nácar,
en una jaula de hierro
de puñales erizada.

Del cielo entonces bajaron
dos bellas palomas blancas,
y posáronse en los hombros
de la hermosa inmaculada.

Sólo dos níveas palomas
penetraron en la jaula,
y á poco, rasgando el aire,
tres al cielo se elevaban.

MANUEL REINA

LAS FLORES

Á LA EXCMA. SRA. DOÑA ROSALÍA RUIZ DE OROZCO-BOADA

A Vd. que conoce mi flaco y que con su amabilidad característica viene alimentando esta pasión que siento por esas que el ilustre Galdós llamó *sonrisillas de la tierra*, pertenece de derecho el honor de la dedicatoria de este artículo, si es que honor puede haber á alguien en que tan modesta pluma le consagre sus trabajos, más como muestra de gratitud inmensa, que como tributo galante de un caballero compadre á la madrina de su hija.

No es, pues, á la distinguida amiga y parienta; sí á la proveedora de flores de mi *real casa* (yo en ella soy rey constitucional, con *ministra* responsable) á la que van dedicados estos mal hilvanados renglones, que no por estar llenos de flores son todo lo floridos y ga'anos que el asunto exige, y que en oloroso ramillete deseara poder ofrecerla en justa reciprocidad de los que á menudo tengo que agradecerle. Figúrese Vd. que está atravesando, más que por cultivado jardín, por las silvestres florestas de la Sierra de Córdoba, y conténtese con el puñado de modestísimas margaritas envueltas en matajos de salvia y de tomillo que puede ofrecerle la agreste musa que me inspira.

Cuatro pasiones verdaderas he sentido durante mi existencia el amor de mi madre, el de mi esposa, el de mis hijos y el de las flores.

Es verdad que flores son todas estas que han perfumado mi vida, y bastará con decir que mi pasión única son las flores.

No concibo la tierra sin flores, como no concibo unos veinte años sin amor.

La tierra que no las produce, es un corazón sin ilusiones.

Esto ya lo dijo Espronceda en verso, lo cual no impide que ya ahora lo repita en mala prosa.

Los niños y las flores son mi delirio, y creo que si soy bueno, es porque amo estas dos galas de la naturaleza.

Yo no creo en la bondad de quien no ame las flores y los niños.

Un pedazo de jardín, un cajón de semillas, y una fuente con que regarlas; he aquí una de esas aspiraciones de mi vida, que aún no he podido realizar, y que perseguiré, tal vez en vano, en la segunda mitad de mi existencia.

Bien sabe Dios que no envidio en el potentado ni sus palacios, ni sus trenes, ni su mesa, ni sus fastuosas fiestas.

Sólo le envidio lo que acaso menos estima: sus jardines; y no envidio á sus jardineros, porque ni aun en el que se profesa á las flores, me gustan los cultos forzosos.

Yo desearía vivir entre las flores como padre de ellas, no como ayo; engendrarlas, cuidarlas en su infancia, protegerlas durante su desarrollo, admirarlas en la plenitud de su vida, recoger sus perfumes como ósculos de amor, y llorarlas al morir como cosa mía, no como seres confiados á mi cuidado mediante interesada retribución.

Por eso envidio al propietario floricultor, y no al jardinero asalariado, aunque vive entre ellas.

No es tampoco mi ilusión un jardín vastísimo, con inmensos cuadros y senderos enarenados y anchos espacios donde se levanten fuentes monumentales y artísticas; no: yo deseo vivir entre las flores en familia, conociéndolas á todas, vigilando el crecimiento y la salud de cada una, identificando mi existencia, hablándolas de nuestros misteriosos amores, pidiéndolas el deleite de sus perfumes, y engalanándolas con los ropajes que sabe cortar la ciencia del floricultor para hacerlas más bellas y preciadas.

Me acuerdo de haber visto, cuando pequeño, un jardín como un pañuelo, que dejó en mi memoria más grata impresión que cuantos he visto después en los sitios reales y en opulentos palacios y *chalets* elegantísimos.

¡Qué! ¡Si apenas medía cuarenta varas cuadradas! Un jardín lili-putiense, microscópico casi; un jardín para muñecas; pero, ¡qué jardín aquél tan poético, tan perfumado, tan fresco, tan deleitoso; qué sencillez tan encantadora! Las paredes tapizadas de jazmines blancos y amarillos, un arriate en alto, cuajado de *pensamientos*, que movían sus orejillas á impulso de la brisa, y se acercaban unos á otros como diciéndose algo al oído; parecía como que en algunos grupos se daban de cachetes, y en otros algunos señorones gordos y formales conversaban gravemente, balanceando sus cuerpos vestidos de terciopelo amaranto; alguna veleidosa beldad ataviada con rico traje de color de oro, coqueteaba entre cuatro ó seis pollos vestidos de morado claro, y no faltaban solitarias viudas revestidas de terciopelo negro, por cuyas mejillas corrían las lágrimas de rocío que vertió en ellas la noche, compañera del que sufre.

En cada extremo del jardín había un grupo de *lilas*, esa flor cuyo nombre se ha usurpado para calificar á los tontos, cuando ellas tienen tanto talento, pues saben morir pronto para ser más deseadas, conducta que debieran imitar los hombres políticos que aspiran á la inmortalidad antes de que les llegue el momento de caer gastados y agostados por el viento de las pasiones de partido.

Cuatro cuadros dividían el jardincillo, como cuatro tapices tendidos en el suelo de un harén. En el uno crecían los *alelles* rojos y amarillos, rodeados por un cinturón de *violetas* dobles, y en el centro se levantaban los tallos de un grupo de *dalias* encarnadas, que estaban pidiendo á voces una cabellera negra de mujer donde enredarse. En el otro brotaban las *marimónas* rojas y amarillas, como falange de antiguos moros de vistosos turbantes, reunidos en tumultuosa algarada contra algún emir tiraño; tal vez aquel robusto rosal cargado con su corona de encendidas rosas y entreabiertos capullos que las dominaba y robaba el sol con su ancha túnica de verdes y dentadas hojas. El tercero era un cuadro más prosaico; un verdadero almohadón de *albahaca* de menuda hoja, en cuyo centro se elevaba un *árbol de Pascua*

de grandes flores formadas de hierros de lanza ensangrentados. Y por último, el cuarto.... ¿qué dirá Vd., amiga mía, que había en el cuarto? Pues lo suficiente para suministrar á mil cocinas esa planta que se llama *hierba buena*, más propia del huerto que del jardín, si no contribuyese con su olor acre y agradable á embalsamar el ambiente. En el centro de este cuadro un *nispero* del Japón dejaba ver entre sus hojas irregulares y raras esos dorados huevos que yo he visto comer, aún casi verdes, en una huerta de Córdoba, al más elocuente de nuestros tribunales, con la delicia del que no siempre puede comer, como él decía, la fruta al pie del árbol mismo.

Para completar el boceto de este cuadro, hablaré á Vd. de una pequeña cascada artificial, formada con piedras esponjosas y estaláctitas, que rodaba sobre una pequeña gruta medio oculta por colgantes tapices de *culantrillo*, entre cuyas hojas verde claro destilaba el agua sobre un pequeño estanque que daba albergue á media docena de dorados peces.

En aquel jardín, con un buen libro entre las manos, sentado entre aquellas flores, aspirando su perfume, oyendo el susurro del agua de aquel *Niagara* en escala mínima, levantándome de vez en cuando para enderezar un tallo torcido, para pisar una traidora oruga, para cortar una rama, seca como una ilusión pasada, para vaciar una regadera sobre aquellos *pensamientos*, ó para escardar la tierra, algo endurecida por el sol alrededor de aquellas *marimotas*, me pasaría yo las primaveras, lejos «del mundanal ruido,» olvidado y olvidando, y tan feliz como si poseyese una quinta y 5.000 duros de renta.

Si cuando sea viejo, puedo verme dueño de un *pañolillo de hierbas* como el que con tanto gusto recuerdo, habré logrado alcanzar algo que me haga agradable la existencia, hoy en mí tan combatida.

Entre tanto, me contento con flores decapitadas, y bendigo la mano que pródigamente me las regala, cuando, como en este momento, me veo escribiendo ante un vasto florero cargado de rosas, muchas de las cuales empiezan á desprenderse de sus hojas como beldades que han pasado y comienzan á quedarse en esqueleto.

EMILIO DE LA CERDA

AMOR HOMICIDA

LEYENDA

En una plaza anchurosa
De una villa señorial,
Se alza un castillo feudal
Cuya mole portentosa,
Se dibuja misteriosa
Con sus anchos torreones
En las celestes regiones,
Cual pirámide imponente
Que aun guarda el tiempo, clemente,
De las muertas tradiciones.

Sobre su esbelta portada
De gótica arquitectura,
Rico blasón, asegura
Que la vetusta morada,
En época ya pasada,
Guardó entre sus murallones
A preclaros infanzones
De poderosa grandeza,
Que hicieron la fortaleza
Hoy tumba de sus blasones.

Las cabañas que se extienden
En torno de sus murallas,
Esas graníticas vallas
Que su recinto defienden;
Cuando las sombras descienden
Y el sol nace brillador,
Parecen á su fulgor
Sobre las movidas lomas,
Banda de muertas palomas
Que guarda inmóvil condor.

Ha luengos años, vivía
En su fábrica gigante,
Un caballero arrogante
De famosa nombradía;
Alta estirpe, gran valía,
Así en la corte querido
Como en la guerra temido
Y amado de la fortuna:
Erasedon Juan de Osuna
Marqués de Puerto-caído.

Magnánimo y generoso
Rayando en la esplendidez,
Digno, mas sin altivez,
Amable, franco, extremoso,
Alto, de semblante hermoso,
Negro y rizado el cabello,
En sus ojos el destello
De un claro ingenio lucía,
Y aun su mirada decía
Que ocultaba algo más bello.

En su noble corazón
Arbol de sinceridad,
Anidaba la verdad
Entre frondas de ilusión.
Ajeno á la adulación
Y no palaciego vano,
Odiaba del mundo insano
La ponzoñosa mentira,
Aire infecto que respira
El impuro cortesano.

Cierta vez que disfrutaba
En su apartado castillo,
Del goce grato y sencillo
Con que el campo le brindaba,
Y animoso se entregaba
De la caza al viril juego,
Corriendo á una corza, ciego
Por alcanzar la victoria,
Tuvo comienzo esta historia
Que amor desenlaza luego.

Al gritar los ojeadores
—¡Ahí va la corza!—y los perros
Trepár por los altos cerros
Más que el viento voladores,
Los apuestos cazadores
Aguijaron los corceles,
Que á su voz de mando fieles,
Entre zarzas y jarales,
Como furias infernales
Partieron tras los lebreles.

El Marqués, más decidido
Y de su potro seguro,
No hallaba estorbo ni muro
Que no mirara vencido.
Ya salva un corte atrevido,
O salta crespo vallado,
Hasta que el potro asfixiado
Lanza un bramido que aterra
Y da de bruces en tierra
En blanca espuma bañado.

Como rama desprendida
Por el violento huracán,
Rodó en el suelo don Juan
A tan fuerte sacudida.
Extensa y profunda herida
Surcó su anchurosa frente,
Manantial de sangre hirviente
Que tiñó su faz de rojo,
No tanto como el sonrojo
Que al verse humillado siente.

Bien cerca de aquel lugar,
Entre dos robustas peñas
Que sobre lecho de breñas
En consorcio singular,
Miran los siglos pasar,
Se desprende rumorosa
Límpida fuente abundosa
En reluciente cascada,
Cual clara luz derramada
Por pupila misteriosa.

Quando el de Puerto caído
Dió en la tierra desplomado,
Resonó un grito angustiado,
Un doloroso gemido,
Que al verle así despedido
Lanzó una linda doncella,
Que estaba en la fuente aquella
Sus frescas aguas libando,
Que corrían murmurando:
—No nos bebió otra más bella.—

Repuesta de su pavor,
Al ver en el suelo, inerte,
Como imagen de la muerte

Al mísero cazador.
Corre al punto en su favor
Y restañando la herida,
En sus manos conducida
Agua le trae de la fuente,
Con la cual riega su frente
Tornando el muerto á la vida.

Sobre aquel lecho de abrojos,
Aún yace don Juan tendido,
Contemplando, sorprendido,
Con sus inyectados ojos,
La doncella que de hinojos
Está á su lado postrada,
Como visión emanada
Del ignoto azul del cielo,
Que para darle consuelo
Hubiera sido enviada.

Ante la gran perfección
De su mágica belleza,
Sintió un mundo en la cabeza
Y un Etna en el corazón.
El fuego de la pasión
Lució en sus ojos radiante,
Y en su estado delirante
Aquel corazón de niño,
Sólo vió un mar de cariño
Que anheló surcar amante.

Penetró amor en el pecho
De don Juan sin hallar valla,
Como tormenta que estalla;
Como torrente deshecho
Que rompiendo el cauce estrecho
Asuela, arrastra, derrumba,
No hay nada que no sucumba,
Ni nada el paso le estorba,
Y en su carrera se encorva
Buscando en el mar su tumba.

Hallado por los monteros
Que sin cesar le buscaron,
Al castillo le llevaron
Sobre sus hombros ligeros.
Mayordomos, escuderos,
Labriegos y servidores,
Del suceso sabedores
Vienen y van diligentes,
Ya por saber impacientes
El fallo de los doctores.....

Dos meses han trascurrido
Desde que el noble señor,
En el lecho del dolor
Cayó duramente herido.
Del cuerpo restablecido,
Tiene otra moral dolencia,
Y en vano quiere la ciencia
Volverle salud y calma,
Que esas heridas del alma
Las cura la Providencia.

Si en las horas del reposo
Por el insomnio agobiado,
En el lecho reclinado
Queda un punto silencioso,
Es su anhelar fatigoso
Y sus labios contraídos,
Murmuran entre gemidos
Algún nombre de mujer,
Que no logran entender
Quizá sus propios oídos.

Una lánguida mañana
En que al despertar el sol,
Bañaba en vivo arrebol
El arco de su ventana;
A su escudero, Pastrana,
Le habló don Juan de esta suerte:
—Mira la aurora y advierte
Cómo al despertar el día,
Todo te dice «alegría;»
Pues á mí me grita «muerte.»

—¿Por qué siente el pecho mío
Ante la Naturaleza,
Ese impulso de tristeza
Que puede llamarse impío?
¿Por qué me inspiran hastío
Los matices de la aurora,

Esa brisa bienhechora
Que gime entre los ramajes,
Aves, campiñas, celajes,
Y cuanto el orbe atesora?

—Porque adoro una ilusión,
Una idealidad, un sueño,
Que como mortal veleño
Me envenena el corazón.
Porque aliento una pasión
Por una mujer soñada,
Belleza tan delicada,
Escultural, peregrina,
Que es una virgen divina
Del mismo cielo robada.—

Sin dejar nunca á Pastrana,
Con paso inseguro y lento,
Atravesó el aposento
I legando hasta la ventana.
—¿Ves una fuente que emana
Entre dos peñas distantes,
Como pluma de brillantes
Por los cefiros rizada?
Pues en ella vive el hada
De mis ensueños amantes!

Allí ví por vez primera
Junto á la pura corriente
De su linfa trasparente,
A mi visión hechicera.
Allí como flor de cera
Prendida en hebras de oro,
Ví de su cara el tescro,
Y allí me dejaron ciego
Sus dos pétalos de fuego
Y ciegamente la adoro.—

Inmóvil y pensativo,
Quedo un instante el Marqués.
Y á su escudero después
Dijo en tono imperativo:
—Mi mandato es decisivo
Y no quiero enmienda al texto,
Ordena sin más pretexto
Que el corcel que sea más duro
Al cansancio y más seguro,
Esté á mis ordenes presto.—

Como era cosa sabida
Por el bueno de Pastrana,
Su voluntad soberana
Nunca en desistir vencida.
No arguyó, partió en seguida
En pos del palafrenero:
—Ensilla el potro Romero
Que es de todos el mejor,
Que va á montar el señor —
Le gritó con voz de acero.

Calzóse en tanto don Juan,
Agudo y limpio acicate,
Se caló gorra granate,
Y á impulso del mismo afán,
Cruza en resuelto ademán
Aquellas góticas salas
Que visten añejas galas,
Baja firme la escalera,
Monta el potro que ya espera
Y parte del viento en alas.

Allá va, cual débil pluma
Que arrebatada, noto fiero,
Sobre su corcel ligero
A quien el temor no abruma.
Hendiendo la densa bruma
Cual furioso torbellino,
Mira en su rauda camino
Los altos pinos cruzar,
Y en torno suyo girar
En infernal remolino.

Bajo el movido ramaje
Flexiblemente se inclina,
Todo obstáculo domina;
Ya salva el tupido encaje
Que forma el verde taraje;
Ya la rápida corriente,
Ora la brusca pendiente,
Y en su marcha delirante
Le grita al potro—¡Adelante!
Que aun está lejos la fuente!—

Así corriendo y corriendo,
Y los peligros salvando,
La fuente se iba acercando
Y el pobre corcel muriendo.
Esto el Marqués comprendiendo
Le detiene receloso,
Salta en tierra presuroso
Y como res acosada,
Emprende á pie la jornada
Con andar vertiginoso.

Al fin gana el corto trecho
Que aun le queda hasta la fuente,
Inunda el sudor su frente
Y estallar quiere su pecho.
Que es receptáculo estrecho
A guardar un corazón,
Que á impulso de una pasión
Vive en batalla constante,
Por quebrantar delirante
Los hierros de su prisión.

Su mirada en torno gira
Y juzga feliz augurio,
El cadencioso murmurio
De la fuente que suspira.
—No es mi razón que delira
Grita gozoso el Marqués,
Este es el sitio, este es... —
Pero al cansancio rendido,
Como gladiador vencido
Cayó al lado de un ciprés.

Su anhelante respirar
Remeda el tic-tac cansado,
De péndulo acompasado
En su monótono andar.
Queriéndose incorporar
De nuevo, lucha afanoso,
Se coge al árbol ansioso,
Quiere andar, prueba, vacila,
Sobre sus piernas oscila
Y desfallece angustioso.

Gruesas gotas de sudor
Surcan su pálida tez,
Que por su gran palidez
Parece amarilla flor,
En que el matutino albor
Derrite la escarcha fría,
Que entre sus hojas dormía,
Y en claras gotas saltando
Van como perlas rodando,
Que luego deshace el día.

Si algún pájaro aletea
Buscando el oculto nido,
Que avaro guarda escondido
El sauce que se cimbreo;
Si entre la broza rastrea
La alimaña cautelosa,
O la brisa perezosa
La mies conmueve á su paso,
Que cruje, cual cruje el raso
Cuando lo arrastra una hermosa,

Entonces, escucha atento,
Porque cree apereibir
En el rápido batir
Del ala que azota al viento;
En el andar vivo ó lento
De la alimaña rastrea,
O en la brisa pasajera
Que hace ondular el sembrado,
El pisar leve y pausado
De su visión hechicera.

En hablando la pasión
Nadie á la razón escucha,
Y si se emprende la lucha
Siempre vence el corazón.
Por eso el noble varón
Á su delirio entregado,
Era en su mísero estado
Náufrago que en lontananza,
A la luz de la esperanza
Mira el puerto deseado.

De pronto, se alza arrogante,
Le anima extraño vigor,
Se cambia en rojo el color

Pálido de su semblante.
Su pupila penetrante
Fija en el ancho sendero,
Y caminando ligero
Abanza con pie seguro,
Como si infernal conjuro
Animase al caballero.

Es que al borde de la fuente
Bajo un dosel de esmeraldas,
Que las hojas en guirnaldas
Forman besando su frente;
Ha visto resplandeciente
De belleza y de poesía,
Aquella niña que un día
Sus heridas restañó,
Y al curarlas le robó
Corazón, paz y alegría.

Al llegar junto á la hermosa,
La estrecha en abrazo amante
Como furia delirante
A quien el amor acosa.
La niña, grita angustiada
De espanto y dolor transida,
Mas don Juan, la tiene asida
Entre sus brazos de acero,
Y diciéndola «¡Te quiero!»
Le va robando la vida.

Como el ave confiada
Que aprisiona el gavilán,
En los brazos de don Juan,
Murió la niña asfixiada.
Al ver su boca bañada
Por olas de sangre hirviente,
Da un grito, y súbitamente
Cual hiedra á un rosal unida,
Ruedan sus cuerpos sin vida
Sobre el cristal de la fuente.

Perdida en onda sonante
Por el espacio anchuroso,
De aquel lamento angustioso
El eco ya agonizante,
Forman raro concertante
Las aves con su trinar;
De las fieras el aullar;
El gemir de la arboleda
Y el agua que corre lèda
Bajo un bosque de azahar.

JOSÉ M. ALCALDE

Enero, 1883.

LIBROS

La Lirica Moderna en España, por el distinguido escritor almeriense Don Plácido Langle: Contiene este folleto tres estudios críticos, de los señores Núñez de Arce, Campoamor y Becquer, «jefes de nuestra renovación literaria» según los califica el autor en su prólogo. Recomendamos á nuestros lectores la adquisición de tan interesante folleto, que se halla de venta en las principales librerías de la Corte.

La Villa Sol, ensayo dramático en tres actos y en prosa, por Don Alonso Mesta de la Cerda, con un prólogo del mismo autor.

Puede adquirirse al precio de dos pesetas en las principales librerías.

Cuadros de Andalucía y Don Ramiro (poema), son los cuadernos que han seguido en el orden de su aparición, al primero de la serie que se propone publicar su inspirado autor Don Salvador Rueda y Santos. Dichos tres cuadernos pueden adquirirse al precio de 0'50 céntimos de peseta el ejemplar, en las principales librerías. Los pedidos á nombre del autor calle de las Fuentes, núm. 11, 2.º derecha, Madrid. El pago anticipado.

Ensayos poéticos por Don Manuel Amor Milán; un folleto 8.º de 32 páginas. Precio 0'50 céntimos de peseta. Coruña.

Los Restos mortales del Cid y de Gimena devueltos á España por S. A. R. el príncipe C. Antonio Hohenzollern, por el señor Don Francisco M. Tubino.

La Libertad, oda por Don Emilio Blanchet, correspondiente de la Academia de Buenas Letras de Sevilla.

A.

MADRID.—Establecimiento tipo-litográfico, Real, 1.

ALBUM DE PENSAMIENTOS

El cansancio ronca sobre los guijarros, en tanto que la exuberante pereza halla dura la almohada de pluma.

Shakespeare.

Lo épico, lo lírico y lo dramático amalgamados producen un bronco: el *Don Quijote*, que es á la vez lírica, oda y comedia.

Victor Hugo.

Prefero que pregunten por qué no me han levantado una estatua, que no por qué me la han levantado.

Catón.

El asombro es una sensación que Napoleón ha destruido en el alma de sus soldados.

Balsac.

La voluntad es el hortelano de la vida, y puede criar en ella ortigas y cardos ó hisopos y tomillos; una sola yerba ó muchas; enriquecer la tierra ó empobrecerla; tenerla de barbecho ó abonarla.

Shakespeare.

Un genio es siempre un acusado.

Victor Hugo.

No hay más verdad sobre la tierra que el esqueleto humano.

A. de Musset.

En cierta ocasión recorrí embarcado las orillas del Bósforo. Desde el mar, la capital del Gran Señor, con sus palacios, sus minaretes, sus cipreses y sus cúpulas doradas, es como una aparición fantástica; se entra en ella y ya no es sino confuso laberinto de callejuelas torcidas y escarpadas con miserables casuchas, exhalando pestilentes olores y habitadas por mendigos y perros. ¡Qué desengaño! ¿No es verdad? Pues así es la vida: el bello ideal, la verdadera felicidad es la esperanza; la realidad sólo es amargura y mentira.

Thackeray.

La dicha es la que sufre cambios dolorosos; la desgracia tiene por reverso la alegría.

Shakespeare.

Cuando uno no halla la tranquilidad en sí mismo, es inútil que la busque en otra parte.

Mad. Guibert.

Los libros antiguos son para los autores, y los nuevos para los lectores.

Cottin.

El cuervo puede bañar en un pantano sus alas negras como el carbón, y emprender su vuelo, sin que el fango de aquellas se distinga; pero si el cisne, blanco como la nieve, quiere hacer lo pronto, la mancha lucirá sobre sus plumas de plata. Los pobres vasallos son una noche oscura; los reyes un día espléndido. Los mosquitos vuelan por donde quiera sin dejarse ver; las águilas atraen todas las miradas.

Shakespeare.

El vientre dios es Sileno; el vientre emperador es Vitelio, y el vientre animal, el cerdo.

Victor Hugo.

El amor alegra como el rayo del sol después de la tempestad; la lujuria, por el contrario, entristece como la tempestad después del sol. La dulce primavera del amor conserva perenne frescura; el invierno de la lujuria se anticipa mucho á su estío. El amor nunca se sacia; la lujuria muere de náuseas: el primero es todo verdad; la última, un conjunto de pérdidas mentiras.

Shakespeare.

Mujeres, juego, vino..... son pseudónimos de revólver en la vida moderna.

Dr. Lassegne.

¡Filos fía! Tu luz, como la del infierno de Milton, sólo sirve para hacer visibles las tinieblas.

Gerard de Nerval.

El comercio es el arte de abusar de alguno que necesite alguna cosa.

E. y J. de Goncour.

Los grandes peligros matan los pequeños temores.

Luis De rot.

La difamación es un veneno que no hace efecto cuando se administra en grandes dosis.

Valtour.

La enseñanza obligatoria es la luz reclutando las almas.

Victor Hugo.

El que hurta el buen nombre, quita una cosa que no le enriquece y que hace á otro realmente pobre.

Shakespeare.

¿Qué es la maldad? Dios que se duerme en la conciencia humana.

Victor Hugo.

El silencio es el mejor heraldo de la alegría.

Shakespeare.

Toledo es un emporio de riquezas artísticas, donde con sólo arañar las paredes se descubren en cualquier parte recuerdos de todos los siglos.

Edmundo Amicis.

La obra de Napoleón fué la egolatría llevada á sangre y fuego por el mundo.

Castelar.

Decidme lo que son los tribunales de justicia, y yo os diré lo que son los pueblos en que están constituidos.

Laboulaye.

La multitud elige con los ojos y no con la razón.

Shakespeare.

Un corsé es un armario sin llave, un arsenal completo de flores, trenzas de pelo, medallones y epístolas sentimentales: una especie de buzón en que se echa al correo toda la correspondencia del corazón.

Octavio Feuillet.

Cuando se recuerda un pesar y se llora, las lágrimas son como el velo del pasado, que cae sobre nuestros párpados.

Tefilo Gauthier.

En los secretos de Estado tengo una norma: espero á que todo el mundo los conozca para adivinarlos, porque entonces es cuando son más oscuros.

Bismarck.

Mujer, deja caer tus velos, y pide altares.

Proverbio griego.

El camino de la iniquidad es ancho, pero esto no quiere decir que sea cómodo, porque tiene sus grandes tropiezos y escabrosidades, y aunque sea cuesta abajo, no deja de ser en gran parte molesto y penoso.

Manzoni.

¡Oh Desdémona, á quien beso y á quien voy á matar! ¡Mi ira es como la de Dios, que hiere donde más ama!

Shakespeare.

El crítico se pierde en Shakespeare como en una ciudad inmensa.

Taine.

La conformidad es la felicidad de la desgracia.

Fernán-Caballero.

El pulpo tiene los hábitos del filósofo sedentario; mas por desgracia, el filósofo no tiene los brazos del pulpo.

Salvator Farina.

El que consigue en la carrera lo que no alcanza su general, se convierte en general de su general.

Shakespeare.

Quien no sabe fingir no sabe reinar.

Luis XI.

La mayor desgracia del poeta es que si brilla le devoran sus colegas, y si no triunfa, le devora el

vulgo. Como los peces voladores, si ascienden por la atmósfera, se los comen las demás aves, y si descienden al mar, se los comen los peces.

Voltaire.

Cuando la época cambia, el arte cambia. El talento, como el insecto, toma el color de la planta en que vive.

Taine.

La apóstrofe es la metralla de la elocuencia.

P. L. Courier.

Hay algo más siniestro que la sombra de Babel, y es el crujir del lecho de los Césares. Babilonia es menos espantosa que Mesalina.

Victor Hugo.

El sapo es un animal inmundo; pero tiene una piedra preciosa en la cabeza.

Shakespeare.

Dar gracias á Dios después de la victoria es hacerle la mayor de las ofensas.

Napoleón.

La poesía es el perfume que al evaporarse deja en nuestra alma la esencia de la belleza.

J. P. Richter.

Un tono amable hace mejor las buenas razones y hace pasar las malas.

Chateaubriand.

Generalmente hoy, la muerte es un suicidio.

Dr. Lassegne.

El gusano es el rey de los emperadores en cuanto á mesa: el hombre engorda á los demás animales para engordarse, y se engorda á sí mismo para los infusorios.

Shakespeare.

Los genios constituyen una dinastía; la única que existe sobre la tierra. Cifren sus frentes con todas las coronas, hasta la de espinas.

Victor Hugo.

La deformidad es menos horrible aún en el demonio que en la mujer.

Shakespeare.

Allí donde un ejército francés tiene lo necesario, un ejército inglés se muere de hambre y un ejército español está en la abundancia.

Wellington.

Más vale ser la esposa de un carbonero que la querida de un príncipe.

Rousseau.

Las obras de Voltaire son una amalgama de oro y cieno. El cieno se ha purificado con el tiempo: el oro brilla más.

Emilio Zola.

La edad media tenía su religión; la contemplación.

La edad moderna tiene la suya: el trabajo.

Condorcet.

El cuerpo es la mecha; el alma es la llama. El alma es quien luce y el cuerpo quien se quema.

Voltaire.

El perdón es casi siempre el padre de la reincidencia.

Shakespeare.

Dadme una envidia como una montaña y os haré una reputación como el mundo.

Pérez Galdós.

Desdémona canta la canción del sauce bajo el cual corre el agua que arrastra á Ofelia.

Victor Hugo.

En los más hermosos botones de rosa es donde agrada al gusano roedor habitar.

En los mejores espíritus es donde roen mejor las pasiones.

Shakespeare.

¿Qué es una griseta?
Una muchacha hermosa que no teniendo medio de casarse, se casa.
Una obrera que no trabaja.
Una mujer que busca el ideal.... y le encuentra en todas partes.

Scholl.

La economía es la madre de la largueza.

Mad. Geoffrin.

El hombre que se tiene por más independiente, aún es esclavo del aire que respira.

Necker.

Los antidotos son un veneno para los que no están envenenados.

Edgeworth.

Las mujeres nunca son más fuertes que cuando emplean por todas armas su debilidad.

Una mujer, cuando se irrita, muda de sexo.

Mad. de Puisieux.

Cuando la amistad comienza á flaquear y á extinguirse, pone empeño en acentuar su cortesía.

Shakespeare.

La rosa de cien hojas.... ¡el perfume con traje de mujer!

O. M.

El drama es el más vasto recipiente del arte: Dios y Satán se mezclan en él; y si no, véase Job.

Victor Hugo.

El hombre es una serpiente con alas: se arrastra y vuela.

P. de G.

La música es tan sublime porque habla sin lengua, pinta sin pinceles y llora sin lágrimas.

El honor y el ardid son dos amigos inseparables, se dan la mano en la guerra.

Shakespeare.

El genio es como el águila: cuanto más se eleva es menos visible, y se ve castigada su grandeza por la soledad en que se agita su alma.

Racine.

Hay tan pocas mujeres bonitas, que el gobierno debería obligar á la persona convicta y confesa de hermosa á presentarse en público tres veces por lo menos en la semana, para evitar así que el pueblo pierda por completo el sentimiento de la forma y de la elegancia.

Tebfilo Gauthier.

La naturaleza se parece á esas grandes sinfonías que cada uno comprende á su manera. Uno coloca el grito supremo de Jesús espirando en el madero donde otros se figuran oír los trinos del ruiseñor y los cantos de los pastores.

Alfredo de Musset.

El teatro es el crisol de la civilización, y el punto en que compujan las inteligencias.

Victor Hugo.

La opinión es pura farsa: un hombre puede llevarla al derecho y al revés, lo propio que una chaqueta de ante.

Shakespeare.

Los pecados de algunas mujeres producen las virtudes de las demás.

Balsac.

Nunca está el hombre más contento que el día en que huye de la felicidad.

Lord Byron.

El coche de alquiler es á veces un palomar ambulante.

La raza de los rubios es la que impone leyes á la de los morenos.

Boqueplan.

El teatro es como la iglesia, acoge á todo el mundo.

Baudelaire.

Faltaba el centauro del cerdo.

Victor Hugo.

Si el llanto de los desleales pudiera fecundar la tierra, de cada gota nacería un cocodrilo.

Shakespeare.

Comprendo que existan casos en que dos hombres no quepan juntos en el mundo, por más que el uno viviera en el Cáucaso y el otro á orillas del Tiber, pues las distancias desaparecen cuando la imaginación se fija demasiado en la existencia de un ser aborrecido.

Hoffmann.

Prefiero una mujer hermosa á todos los ángeles aun ornados con sus alas más bellas.

Heine.

La luna es pálida desde que un ingrato la besó.

Shakespeare.

Todo hombre tiene su precio.

Richardson.

El favor de los príncipes es azogue, cosa que no sabe sosegar, que se va de entre los dedos, que en queriendo fijarle se va en humo.

Quevedo.

¡Ay.... muchas veces el corazón se me sube á la cabeza como un vino viejo!

M. Anier.

Más vale morir, morir de inanición, que impiorar una recompensa que se tiene ya merecida.

Shakespeare.

... cuando un pueblo la virtud olvida, lleva en sus propios vicios su tirano!

Núñez de Arcé.

¡Cuántos ánimos tuvo la miseria y el apocamiento canonizados, que en poder de la prosperidad fueron insolentes y formidables!

Quevedo.

Mi corazón es un tambor cubierto de crespones que va entonando marchas fúnebres.

Longfellow.

A menudo creía oír á los pétalos de las flores, cantando la belleza de su amada, y ver reproducirse su encantadora faz en la pulimentada superficie de metales preciosos.

Hoffmann.

Se puede vivir sin reír; pero sin llorar alguna vez....!

Becker.

Sé de mil ilustres varones que han lisonjeado al pueblo sin amarle nunca, y de otros mil á quienes el pueblo ha amado sin explicarse el motivo.

Shakespeare.

¡Qué triste es decir fin, cuando hay que empezar al día siguiente!

O. M.

Las puertas de hierro se abren con llaves de oro.

M. Anier.

Momentos hay en que el ánimo, especialmente el de los jóvenes, se halla dispuesto de manera que basta la más leve insinuación para lograr todo lo que tiene apariencia de bien ó sacrificio. Estos momentos, que debieran mirarse con tímido respeto, son justamente aquellos que acecha la astucia para aprovecharse de ellos al vuelo y encadenar una voluntad que no está sobre aviso.

Hoffmann.

La poesía es el broquel de los pueblos indefensos.

Victor Hugo.

Carlos V fué grande como el sol; Felipe II como las sombras.

P. de G.

Como París es el cerebro de Europa, en él serán siempre las congestiones y los delirios.

Nada hay más terrible que ser joven y, sin embargo, esperar la muerte tranquilo y dejar la tierra sin pena.

La lujuria es implacable, cruel y brutal en tanto que persigue; vencedora, aspira á la saciedad. No satisfecha aún, se mira como un bien celeste; pasada, es tan sólo un dolor. Todo hombre comprende esto, y á pesar de saberlo, no hay uno que logre evitar un paraíso que conduce á tal infierno.

Shakespeare.

La miseria no es una compañera como otra cualquiera; no tiene corazón ni tiene alma, ni sabe sonreír, ni sabe llorar, ni tiene lágrimas ni compasión, no tiene nada humano; no habla, no suspira, no ve; pesa como una losa sobre su víctima.

J. Janin.

La desgracia es una musa.

M. Anier.

¡La historia de los niños suele ser á lo sumo una lágrima!

O. M.

El estanque del Betiro es un mar de bolsillo.

Pérez Galdós.

Las estatuas de los genios están amasadas con gloria y calumnia.

Plutarco.

Sé grande como el río y humilde como la fuente.

Victor Hugo.

Siempre debe sellar sus labios el hombre, mientras puede, ante la verdad que se asemeja á la mentira, si no quiere caer en falta y exponerse á la vergüenza.

Dante.

El Champaña es el vino del amor, el brebaje de la felicidad.... se filtra en el alma primero.... y enloquece después.

O. M.

El corsé es la cubierta del libro de la voluptuosidad.

M. Anier.

Hoy más que nunca los hombres se prostituyen á porfía; ponen precio á su conciencia y á su honor; venden su pluma y su palabra; se cotiza su sumisión ó su respeto. Los hombres lo vencen todo. La venalidad los cobija bajo su manto, los protege con su potente brazo.

J. Janin.

La naturaleza ofrece en el círculo variado de las estaciones el cuadro simbólico de la vida humana.

Hoffmann.

Quiero es sólo el que vive cada día como quien cada día y cada hora puede morir.

Quevedo.

La mujer más decente puede ser también la más voluptuosa.

Balsac.

Si hay algo más grande que Dios visto en el sol, es Dios visto en Homero.

Victor Hugo.

El que pasa el tránsito de la vida sin gloria, deja en la tierra una huella parecida á la del humo en el aire, ó la de la espuma en el agua.

Dante.

Comprendo que un hombre pueda jugar; pero sólo cuando entre él y la muerte no haya más que un escudo.

J. J. Rousseau.

El beso enriquece al que lo recibe, y no empobrece al que lo da.

X.

Muchas veces la virtud es cuestión de temperamento.

Balsac.

Homero es el combate; Eschilo, la tempestad; Virteo, la patria; Virgilio, el día; Dante, la noche; Shakespeare, el corazón; Victor Hugo, el combate, la tempestad, la patria, el día, la noche, el corazón.

M. Anier.

El poeta, cuando idealiza, se asemeja al rayo de sol que hace parecer de oro la veleta de hierro de una torre.

P. de G.

Lo sublime no se prueba, se siente.

Las revoluciones descargan sobre las instituciones más fuertes y elevadas, á semejanza del rayo, que cae con preferencia sobre las más elevadas torres.

El matrimonio sin hijos es una lazada; con hijos un nudo.

El hombre se contentaría con muy poco, si sus semejantes no tuviesen más que él.
